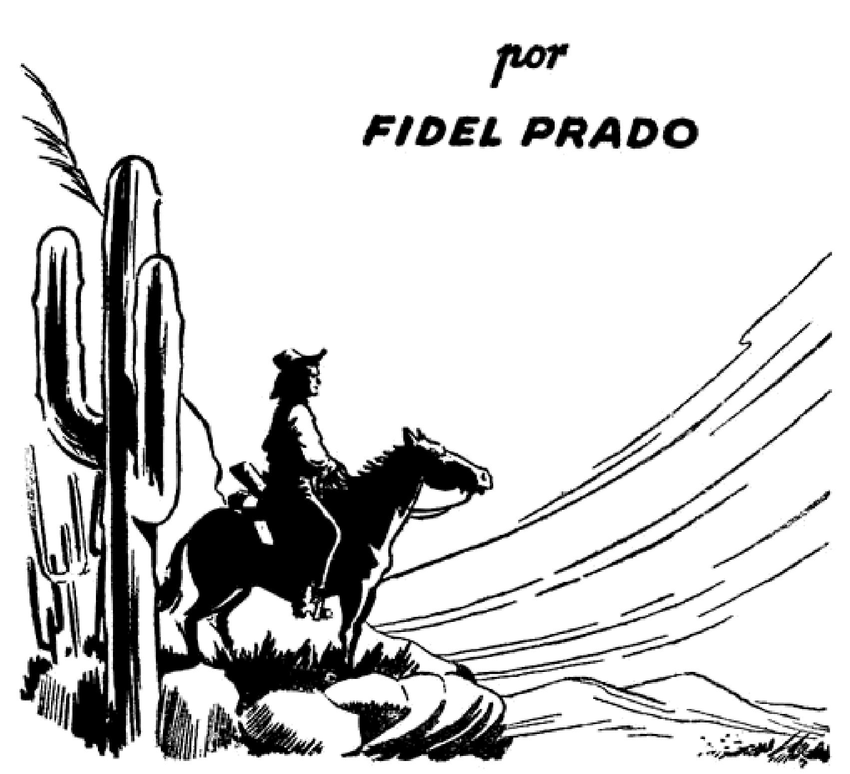

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LUCHANDO
EN LA SOMBRA
por FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


Luchando en la SOMBRA

CAPÍTULO PRIMERO

Una carta y una decisión

STELLA, radiante de felicidad, acosaba a Jim a preguntas. El audaz aventurero acababa de llegar al rancho acompañado de Nino, después de su dramática excursión a Elko, y la joven, ansiosa por conocer hasta el último detalle de su odisea, no cesaba de acuciar a su futuro esposo para que éste no le ocultase lo más mínimo de sus peligros corridos.

Jim se mostraba nervioso y violento a pesar de la felicidad que le embargaba. Había ocurrido algo imprevisto en el viaje de regreso y por más que ahondaba en el asunto no acertaba a explicarse las causas de ello. Stella al observarle tan ensimismado, preguntó:

—¿Qué es lo que te atormenta, Jim? Quiero suponer que no se trate del recuerdo de lo pasado.

—No, querida, lo que me preocupa, es la desaparición de tu prima. Estoy seguro de que nadie ha intervenido en su decisión. Su huida fue algo premeditado.

—¿Quieres explicarme qué sucedió?

—¿Por qué no? Después que estuvimos detenidos quince días en el camino cuidando de su reposición y cuando ya se encontraba casi tan bien como yo, volvimos a tomar el tren para dirigirnos al

rancho. Vera había indicado varias veces que tenía ganas de llegar aquí para entrevistarse contigo y pedirte perdón por todo cuanto te había hecho sufrir, pues juraba estar arrepentida de su actuación pasada.

Yo creo sinceramente que así era. Ahora no conservaba más veneno en el alma que para el miserable Zenker. Su amor propio y su orgullo de mujer, no pueden perdonarle ni la traición que empleó para hacerla su mujer, ni el haber intentado asesinarla villanamente en el tren. Desde que volvimos a tomar el tren para venir aquí, se mostró taciturna y callada. Sólo anhelaba estar sola y casi todo el tiempo se lo pasaba tumbada en su litera sin hablar con nadie.

Yo no quise molestarla. Supuse que una vez aquí, cambiaría un poco alegrándose algo y, seguro de que esta vez nada podía intentar contra ella el miserable Zenker que se había quedado muy atrás en el río, si no se ahogó en él, no me cuidé de vigilarla.

Pero cuando de madrugada llegamos a Reno y nos apeamos para hacer transbordo y tomar el ramal del W. P., fue cuando descubrí que en alguna estación del trayecto se había apeado sin darnos cuenta y había desaparecido.

Esto me desorientó. No podía imaginarme semejante actitud y no puedo hacerme una idea de por qué tomó semejante determinación, ni presumir dónde puede haber ido.

Stella se quedó pensativa y luego repuso:

—Yo tengo una teoría, Jim. Quizá sea muy suspicaz y no esté en lo cierto, pero quiero que me digas si te parece lógica.

—Habla, querida, las mujeres sois más intuitivas que los hombres, sobre todo para juzgaros a través de vuestros sentimientos.

—Pues yo sospecho, que a pesar de que sea cierto el deseo de mi prima de verme y reconciliarse conmigo, su corazón dolorido al saber que el amor que sueña es imposible, le habrá impulsado a no someterse al tormento de enfrentarse conmigo y vivir cierto tiempo a nuestro lado. Haría falta un temple de alma que ella no posee, para sufrir el dolor de ver al hombre que quiere junto a la mujer que le ha conquistado robándoselo.

—Bien —dijo Jim— quizá sea una razón, pero ¿dónde ha podido ir, sabiendo que si Zenker no ha muerto, corre el peligro de caer

definitivamente en sus manos?

—¿Y su padre? ¿Te olvidas de él?

—¡Oh, es cierto! Le había olvidado. Dime, ¿qué pasó aquí en mi ausencia?

—No lo hemos podido saber con certeza. Spack se mostraba al parecer tranquilo y resignado con su suerte y jamás había hecho manifestación alguna de intentar una huida que parecía imposible.

Una noche, se declaró una terrible tormenta. Los truenos retumbaban horriblemente y los rayos caían con violencia, segando algunos árboles de raíz, mientras el agua empezó a caer a torrentes. Los hombres que vigilaban el pabellón tuvieron que refugiarse alejados de él y nadie pudo sospechar que sucediese lo que sucedió.

De súbito, estalló una enorme llamarada en el pabellón. Todos creyeron que había caído algún rayo y se lanzaron a él para sacar al preso, pero el incendio procedía del interior y una barrera de fuego obstruía la puerta. Lucharon cómo demonios para apagar el incendio y poder entrar. Había dejado de llover, pero el aire era huracanado y avivaba el siniestro sin permitir que nadie penetrase en el interior.

Pronto todo fue un brasero que se derrumbaba. Hubo que darse prisa en talar los árboles cercanos para que el fuego no se corriese a ellos y toda tu hacienda quedase convertida en cenizas.

Por fin, al amanecer, quedó el incendio dominado y se verificó un registro entre los escombros, pero nada se descubrió, parecía como si el voraz elemento hubiese calcinado hasta los huesos del padre de Vera.

Este dato me llamó la atención, e hice registrar después en frío lo que restaba del pabellón pero inútilmente. Más tarde, tu capataz vino a decirme que había desaparecido un peón mejicano que era el encargado de llevar la comida al preso. Esto nos hizo sospechar que todo hubiese sido un complot. Spack debió comprar al mejicano y éste, quizá ayudado por gente de fuera, consiguió sacar al preso y prender fuego al pabellón para despistar. Cuando tu capataz sospechó la verdad, desplegó infinidad de peones por todos lados buscando la pista, pero el terrible aguacero no permitió encontrar ninguna. Esto me hace sospechar que si se salvó, Vera sepa dónde se oculta y acaso haya desaparecido en el lugar más próximo para correr en su busca.

Jim, que había escuchado el relato sin interrumpirla, exclamó:

—Estoy por creer que me has dado la solución. Lo que me alegraría saber dónde está oculto.

—¿Para correr de nuevo en su busca? —preguntó ella alarmada.

—Eso dependería de él. Si las promesas de Vera son ciertas y se dedica únicamente a vengar la tragedia de su hija, estoy dispuesto a olvidar lo sucedido entre nosotros. No puedo olvidar que Vera me ha salvado la vida dos veces y la última con exposición de la suya, pero necesito una seguridad. Otra cosa sería exponerme a ser cogido de improviso y tú sabes que esos granujas son hombres excepcionales para el mal.

—Tienes razón, pero ¿cómo poder averiguar la verdad?

—¿Quién es capaz de saber si Zenker se ahogó y si mi tío está dispuesto a someterse a la decisión de mi prima? Solamente si dieran señales de vida, podría saberse.

—Claro está, y mi temor es que la primera chispa pueda prender un incendio que nos coja en el centro. Realmente la fuga de Vera me tiene desorientado.

Stella, comprendiendo que Jim se entregaba a la preocupación, quiso aliviarle diciendo:

—Tenemos la ventaja de que aquí encerrados es más difícil sufrir una sorpresa.

—¿Te olvidas de tu rapto? A veces, los actos más audaces y descabellados son los que salen mejor precisamente porque los crees más absurdos y no te precaves contra ellos.

—Estaremos precavidos, Jim. Yo creo que esta vez han quedado deshechos. Quién sabe si mi prima, una vez reunida con su padre, da señales de vida y te confirma su decisión de renunciar a la lucha.

—Daría cualquier cosa porque así fuese. En cambio, me alegraría que Zenker sacase otra vez el cuello y lanzase su reto. No me resigno a ceder a nadie el derecho de acabar con él fieramente.

Stella se estremeció. Conocía a Jim y sabía de sus nervios cuando se convertía en el hombre terrible que llevaba dentro.

Estaban discutiendo el asunto, cuando la joven recordando algo dijo:

—Se me olvidaba, Jim. Hace muchos días que tengo una carta para ti.

—¿Una carta, de quién? —preguntó él extrañado.

—¿No te acuerdas que poco antes de partir enviaste a un peón a Empire a visitar a Daphne, esa infeliz abandonada por Zenker?

—Es cierto. Lo había olvidado completamente. ¿Qué sucedió?

—La encontró en el poblado. Según me ha dicho tu peón, es una joven muy linda, aunque se la ve bastante estropeada por la vida que lleva. Actúa en un garito de Carson City, que está a muy poca distancia del poblado y tiene a su hijo con ella, aunque se encarga de él una anciana de la localidad. Agradeció mucho tu atención, pero se negó a venir. En cambio, le entregó una carta que tienes en tu mesa.

—¿Qué dice la carta?

Ella, mirándole sorprendida, replicó:

—¡Oh Jim!… Yo no la he leído… ¿Con qué derecho?…

—No seas niña, Stella. Tú tenías ese derecho y todos. Vas a ser mi mujer y no tengo secretos para ti. A lo mejor, era algo interesante que tú podías resolver.

—No se me ocurrió, pero de todas suertes, no debía hacerlo. Léela y entérate si hay algo que hacer en su favor.

Texas buscó la carta y la abrió. La misiva, no muy extensa, estaba escrita con letra clara, firme y bonita. Se adivinaba que la infeliz poseía una educación bastante esmerada.

La carta decía:

«Sr. D. Jim Texas.

»Muy distinguido señor:

»Ha sido para mí una enorme sorpresa recibir su misiva junto con la visita de uno de sus empleados, el cual me ha dado detalles muy preciosos de usted, aunque su popularidad es tal que para mí no era usted un desconocido.

»Le agradezco el envío del dinero, que acepto sin rubor, porque sé que lo ofrece usted

de corazón y porque sé también que esa cantidad no significa para usted gran cosa aunque para mí sea hoy un tesoro.

»Hay algo que me intriga y que daría lo que me pidieren por saber y es que me explicase cómo ha podido tener conocimiento de una cosa tan íntima y personal como son mis desgraciadas relaciones con ese miserable de Zenker.

»Siempre creí que él rompería toda mi correspondencia y que procuraría que nadie tuviese conocimiento de sus latrocinios. Han llegado hasta mí rumores de que hacía el amor a la hija de su jefe y si ésta se enterase de su conducta, acaso se le estropease ese nuevo plan.

»Claro es, que estoy dispuesta a que llegue a su conocimiento si él se obstina en no cumplir como debe con su hijo. Nada me importa él ni que se case, si hay alguna otra infeliz capaz de dejarse engañar, aunque sea al amparo de tan sagrado lazo, pero sea cual sea su vida futura, ha de dejar asegurado el porvenir de su hijo, cosa que no quiero ceder a nadie pues es misión suya y se la impondré

como un castigo.

»Le agradezco su invitación de trasladarme al rancho donde sé que ambos estaríamos mejor que estamos, pero declino el ofrecimiento, porque estoy decidida a llevar adelante mi plan. Espero que de señales de vida y normalice esta situación con él. Me asignará la cantidad que necesito para darle una educación adecuada, o me hará entrega de una suma equivalente de una vez, y le dejaré tranquilo, pues le odio de tal suerte, que ni compensada con su peso en oro, viviría una hora a su lado, pero si se negase, estoy dispuesta a llegar donde sea preciso aunque sé de sus procedimientos y a lo que me expongo.

»Si me viese obligada a darle la batalla, entonces quizá aceptase su ofrecimiento, no para mí, sino para poner a cubierto a mi hijo. Se lo entregaría en depósito y me lanzaría a una lucha, donde quizá encontrase la muerte como redención, pero en la que él no saldría mejor librado.

»Repito que le quedo muy agradecida, pero mi presencia en su rancho sería un baldón para ustedes. Soy una mujer caída en

el fango, porque ese monstruo me arrojó a él y ya que yo estoy más que manchada, no debo alcanzar con las salpicaduras a nadie.

»Mil gracias por su ayuda en nombre de mi hijo y quisiera poder corresponder alguna vez de alguna manera a tan generoso rasgo.

»Le saluda con lágrimas en los ojos

Daphne Rutherford».

Texas leyó con emoción la carta y comentó:

—¡Pobre muchacha! Quisiera hacer algo por ella, aún contra su voluntad. Me temo que sus esperanzas se malogren y que por alimentarlas, sea la causa de la ruina de su pequeño hijo. Algún día no lejano nos ocuparemos de ella.

Stella tuvo una inspiración y dijo:

—¿Por qué no hacemos una excursión a Carson City y la visitamos en tanto se tramitan nuestros papeles para la boda? Hay cosas que no son para dichas por carta. Tú podías darle detalles de lo sucedido con Zenker. Si éste murió ahogado, jamás podrá cumplir lo que ella desea y hay que ocuparse de ese pobre Nino y aún en el caso de que no haya muerto, ya está casado con Vera, nada puede hacer por vengarse, pues mi prima le conoce tan bien como ella y acaso no vuelva a saber más de él para establecer contacto. Creo que es un delito dejar que esa infeliz consuma su ya ajada vida en un tugurio y que su hijo no esté a cubierto de enfermedades y miserias.

Texas conmovido por las palabras de Stella, preguntó:

—¿Estás decidida a ir?

—¿Por qué no?

—Pero ten en cuenta que esa desgraciada se debate en un ambiente de podredumbre en el que tú no puedes entrar por decoro…

—Bien, pero vive a poca distancia de Carson City. Podemos visitarla en Empire.

—Eso sí… En fin, puesto que es tu deseo, no puedo negarme a ello. Arreglaremos nuestras ropas y nos iremos a pasar dos o tres días en Carson City. Advertiré a Nino para que arregle todo y nos acompañe.

—¿Para qué le necesitas? No se trata de un viaje de luchas y tiros.

—Nadie puede predecir lo que va a suceder mañana, Stella. Es mejor prever que no lamentar.

—Me estás asustando, Jim. Casi me pesa habértelo propuesto.

—Estás a tiempo, querida. Podemos ocuparnos de ella a distancia.

—No; no sería lo mismo. Me agradaría conocerla, convencerla de que viniese con nosotros, que pasase aquí una temporada reponiéndose y olvidando y que nos diera margen a procurarle algo decente para su porvenir. No es lo mismo, Jim… Aparte de que creo que esta vez no existe peligro inmediato para nosotros.

—Bien, pero eso no impide para que nos llevemos a Nino… Se sentiría ofendido si no fuese él quien cargase con tu equipaje.

Acordado el viaje, Jim llamó al mejicano a quien dio cuenta de su proyecto. Nino, muy satisfecho de abandonar el rancho y vaguear sin tener que doblar la cintura ante la tierra, se mostró gozoso del viaje.

—Me alegraría que hubiese tiritos o así manito —comentó—. ¿No te parece?

—Sobre todo, cuando se reciben. Todavía me está doliendo la caricia que me hizo Zenker en «Vanity Fair».

—¡Oh bueno, no digo eso, caray!… Me refiero a darle gusto al dedo, ¡maldita sea Jalisco! Sobra mucho sapo en el Oeste y acabo de cambiar mis revólveres por otro nuevos… Ahora tengo sitio hacer muescas. Los otros estaba hecho un asquito, creo yo.

Con toda diligencia se ocupó del equipaje y al día siguiente, se dirigieron a Sherwood, donde tomaron el tren, que dando un gran rodeo, pues tuvieron que bajar hasta Sacramento, les llevó a Carson City en el que se encontraron dos días más tarde.

El destino burlón les había impulsado a ir en busca de la que trataban de rehuir.

CAPÍTULO II

Zenker no pierde el tiempo

ZENKER, dentro de su mala suerte, era un hombre de fortuna.

Su suerte le había llevado a localizar a su mujer y a sus enemigos cuando estos salían de Elko y decidido a no perderles de vista, se introdujo en el tren y les espió atentamente durante parte del trayecto.

No tenía ningún plan premeditado. Había acudido a la estación como último recurso para encontrarlos y así, al subir al tren, lo primero que se preocupó fue de esconderse para no ser descubierto por la aguda mirada de Texas y de estudiar la situación en busca de una fórmula que le ayudase a cumplir sus planes de venganza. Una rabia sorda le invadía al comprobar que el tiro sufrido por Jim no había sido peligroso. La única vez que le había tenido bien encañonado con su revólver, el pulso le había fallado al disparar y para él, era una terrible desgracia pues el peligro seguía cerniéndose sobre su cabeza con más dramatismo.

Luego, sufrió un cambio al observarle junto a su mujer. Pese a su maldad, Zenker se había apasionado a su modo por Vera y a pesar de saber que Texas no estaba enamorado ni podía estarlo de la

joven, el hecho de saber que ella le amaba despreciándole a él, encendía su negra sangre y le impulsaba a cobrarse tales desprecios.

En Elko había captado algunos trozos de conversación entre los asiduos a los garitos, y por ellos sabía que fue Vera quien salvó a Texas de ser rematado y este último suceso, así como la traición que le había hecho abandonándole despectivamente, le tenía ciego de rabia y desesperación.

Debía cobrarse las humillaciones en todos y si la suerte le ayudaba, no abandonaría el tren sin conseguirlo.

Le interesaba seguir aquella ruta. Nada sabía de la suerte del padre de Vera, pues el telegrama en el que le anunciaban su fuga solo había sido leído por la hija del financiero y deseaba llegar a Arizona para realizar investigaciones.

Trataría de salvarle para servirse de él como un anzuelo si las cosas le fallaban y si no… Quizá se lo dejase a Texas para apropiarse de todo cuanto el financiero poseía y de lo cual él tenía los resortes en sus manos.

Aquella noche, cuando escondido colgado de un estribo descubrió desde la ventanilla cómo Vera pasaba a su departamento libre sin la compañía de Texas, una sonrisa siniestra floreció en sus labios. Asaltaría la litera en un momento de descuido y Vera sería la primera en pagar su traición.

Fue una imprudencia por parte de ella no encerrarse interiormente, pues este descuido lo aprovechó el feroz secretario para forzar la entrada en silencio y penetrar en la litera sin ser observado.

Pero al hacerlo, tuvo la desgracia de tropezar con un pequeño maletín que la joven había dejado sobresaliendo del asiento y al caer el adminículo, despertó con sobresalto a su presunta víctima.

Esta se incorporó en su lecho preguntando asustada:

—¿Quién va?

Zenker ahogó un rugido. Si no evitaba que ella gritase pidiendo auxilio, Texas y el terrible mejicano acudirían a sus voces y podía considerarse perdido para siempre.

Loco de rabia llevó la mano al bolsillo del que extrajo una fina navaja y levantando la mano, la dejó caer sobre el pecho de la infeliz rugiendo:

—¿Quién? ¡El hombre a quien has burlado y que sabes que es

incapaz de perdonar una traición!

Pero la navaja en la oscuridad, no había podido clavarse en el sitio que Zenker buscaba y Vera, defendiendo su vida con heroísmo, luchó con él al tiempo que gritaba solicitando socorro.

Zenker al oírla, creyó enloquecer de pánico. Captó el ruido precipitado de pasos y solo pensó en huir, pero no podía hacerlo por la puerta hacia la que avanzaban sus mortales enemigos.

La ventanilla abierta para dejar paso al fresco de la noche, le ofreció una posible salvación. Ignoraba dónde iría a caer, pero era preferible correr el albur y exponerse a matarse en la caída, que saberse seguramente destrozado a tiros.

Cuando alcanzó el vano y descubrió el brillo del agua al borde de la línea, ahogó en su garganta un grito de triunfo y en un soberbio esfuerzo de flexión, se arrojó al vacío tomando todo el impulso que le fue posible.

Tuvo suerte. Cayó al agua sin rozar la tierra y rápidamente se sumergió en las negras olas antes de que le descubrieran flotando y le rematasen a tiros.

El tren siguió su marcha veloz dejándole atrás y cuando surgió del agua, solo captó lejano el agrio ruido del convoy alejándose gradualmente.

Respiró como un cetáceo y nadó hacia la orilla. Ignoraba cual podía ser la reacción de Texas ante su acción criminal y temiendo que pudiese apearse en la primera estación y retroceder para hacer que le buscasen, ganó tierra firme y trató de orientarse.

Se hallaba en un terreno abrupto, no difícil para poder pasar oculto y alcanzando las depresiones, se internó por unas trochas y buscó una cueva donde ocultarse.

Ya en ella se despojó de la ropa que puso a secar entre los arbustos. Hacía un tiempo agradable y pudo soportar el desnudo hasta que sus prendas estuviesen en condiciones de ser usadas.

Allí permaneció hasta que salió el sol y cuando la luz alumbró el paisaje, ganó unas alturas y echó un vistazo a sus pies.

No lejos, en un pequeño valle, se erguía una modesta choza. A la puerta, en una hoguera, un pastor se preparaba el desayuno y Zenker sintió envidia y apetito, pero no se atrevió a bajar para no denunciar su presencia.

Poco después, el pastor, satisfecha su hambre, obligó a salir de

un redil a espaldas de la choza un hatajo de unas sesenta ovejas y con ellas se alejó de la choza deslizándose por unas cuestas con el ganado.

Entonces Zenker descendió de su observatorio y se dirigió en línea recta a la choza. Le parecía que esta había quedado desierta y tenía interés en registrarla por si encontraba en ella algún alimento para calmar los rugidos de su estómago.

La choza mísera, solo contenía una yacija de lana de oveja, una tosca mesa de pino, dos escabeles y una especie de alhacena.

Sobre la mesa descubrió un pedazo de torta y un trozo de tocino crudo, que devoró con fruición y luego, al pasear la vista por la mísera estancia, sus ojos brillaron de alegría.

Pendiente de una saliente viga, descubrió un traje en regular uso. Se trataba de unos pantalones de dril azules, una zamarra, y un sombrero de fieltro, así como una camisa de franela a cuadros rojos y amarillos.

Rápidamente se despojó de sus harapos, se embutió en el traje que le sentaba bastante bien y cubriendo su cabeza con el sombrero, se encontró disfrazado y nada reconocible.

Ahora se sentía más seguro para maniobrar, y abandonando rápidamente la choza, se lanzó a la cinta del camino siguiéndole en busca de la primera estación del ferrocarril.

Dos horas más tarde la alcanzaba y tomando un billete se dirigió directamente a Reno.

En esta ciudad contaba con gente de confianza que le ayudaría en caso necesario y, además, poseía una pequeña casa, una de las varias que le servían de refugio en los casos de peligro.

La casita, la cuidaba una vieja, a la que se la había cedido para no llamar la atención si la observaban desalquilada. De vez en vez, hacía una visita y se hacía pasar por un viajante que se pasaba el tiempo recorriendo el Oeste para vender artículos de representación.

La casa poseía dos entradas y la posterior, de la que guardaba una llave, tenía dos habitaciones independientes en las que podía entrar y salir sin necesidad de hacerlo por la puerta principal y sin molestar a nadie. La casita se hallaba instalada en las afueras para pasar más desapercibida y Zenker apenas se apeó del tren, se dirigió a ella penetrando sin ser visto por la vieja sirvienta.

Se mudó de ropa despojándose de aquellas prendas burdas de pastor en día festivo, se lavó y se afeitó y sonrió satisfecho al mirarse al espejo.

Una vez más había salido con bien de un trance trágico, pero como ignoraba el alcance de su acción, no sabía hasta qué extremo debería precaverse de ser descubierto.

Ya era de noche cuando abandonó su refugio y, seguro de no ser descubierto, pues había procedido con inusitada rapidez, se encaminó al centro del poblado. Tenía necesidad de realizar ciertas gestiones, necesitaba gente que le ayudase. En uno de los muchos tugurios de la populosa ciudad fronteriza, encontró lo que buscaba. Un individuo de aspecto sospechoso, recio de musculatura y amenazador de porte. Debía conocerle sobradamente porque cuando le vio entrar en la taberna, le hizo un guiño malicioso con los ojos, al que Zenker contestó con otro invitándole a salir.

Poco más tarde se encontraban en la calle.

—¿Que hay, patrón? —preguntó el individuo—. Hace tiempo que no me da trabajo.

—Tengo algo para ti, Gregory —repuso el secretario—. Por ahora no es nada de peligro.

—Aunque lo fuera. Usted sabe que no me asustan los *Colts*.

—Bien, más adelante hablaremos. Necesito que te desplaces a la costa en el curso del río Eel. ¿Conoces la hacienda de Jim Texas?

—¡Por Judas! ¿Quién no conoce algo que no esté relacionado con ese tipo?

—Pues bien, necesito que te dejes caer por allí y averigües si tiene en su poder retenido a alguien. No sé qué es de un amigo mío que cogió preso y necesito saberlo con seguridad…

—Bien, iré por allí. ¿Qué debo hacer?

—Averiguarlo y lo que sepas, me lo telegrafías aquí. Yo bajaré todos los días a lista de telégrafos a recoger el telegrama. Ponlo a nombre de Paul Miles. No me interesa por el momento que se sepa que estoy aquí.

Sacó varios billetes de su cartera y se los entregó. El bandido, satisfecho, abandonó la calle separándose de él.

Zenker durmió aquella noche en un hotel y al siguiente día se presentó en su casa de los arrabales con una pequeña cartera debajo del brazo, como si regresase de un viaje comercial.

La vieja que cuidaba la casa le recibió con agrado, lamentando su larga ausencia. No había sucedido nada de particular, salvo una carta que se había recibido para él días antes.

Zenker se sobresaltó. Eran muy pocas las personas que conocían aquel refugio y con nerviosismo rasgó el sobre. Al leer la firma frunció el entrecejo, pero nada comentó.

Se dirigió a sus habitaciones y allí leyó la carta con detenimiento.

Estaba firmada por Daphne y era una conminación terminante para que resolviese de una vez la propuesta que le había hecho un mes antes.

En la carta le amenazaba con tomar determinaciones serias contra él si no cumplía con el pequeño y Zenker se quedó perplejo, estudiando la situación.

Pero el secretario era hombre astuto, que sabía sacar provecho hasta de las situaciones apuradas. Aquel quiste que suponía en su vida sus escarceos amorosos con aquella desgraciada muchacha, acaso le valiese para ponerse en contacto con su enemigo y poder deshacerse de él de una vez para siempre.

Jim Texas conocía la historia de sus amores con Daphne. Se la había revelado a Vera, alejando a ésta para siempre de sus posibilidades amorosas y tenía por seguro que el audaz aventurero habría hecho alguna gestión cerca de la muchacha para conocer más a fondo la historia y quien sabía si para ayudarla, dado su carácter generoso y altruista.

Si así era, podía aprovecharse de aquel contacto entre ambos, pero a la par tenía que andar con pies de plomo.

Daphne conocía algunos de sus secretos refugios y si los descubría a Jim, éste podía sorprenderle en alguno de ellos cuando más confiado viviese.

Tenía necesidad de alejarse de Reno y marchar a Carson City. Vigilando a su antigua novia, podría adquirir algún dato o alguna pista útil y evitar que si ella le revelaba el escondite de Reno, se presentase Jim en él.

Al día siguiente, se despidió de la vieja guardesa diciendo que volvía a emprender un viaje comercial por el Norte, aunque quizá hiciese alguna visita breve a Reno.

Y en efecto, al siguiente día, tomó el tren y se trasladó a la

capital de Nevada, donde el destino tenía dispuesto que debían desarrollarse sucesos de hondo dramatismo.

* * *

Daphne actuaba en un bar bastante llamativo del centro de la capital, denominado «La Rosa de Nevada». Era propiedad de un texano que había recorrido todo el Oeste explotando el juego y la bebida y que, cansado de rodar millas y millas, ancló para siempre en la capital del Estado, montando aquel negocio, compendio de toda su sabiduría picaresca adquirida a través de sus muchos viajes.

El establecimiento, montado a la moda de la época, poseía un gran mostrador corrido con artísticos espejos en el frente, en los que artistas del pincel, habían dibujado flores y mariposas de chillones colores. Los anaqueles se hallaban repletos de bebidas exóticas para todos los gustos. El salón, amplísimo, poseía infinidad de mesas siempre solicitadas de antemano por clientes sobrados de dinero. En el centro, existía un espacio libre para bailar, y al fondo, en el piso superior, se encontraba instalada la sala de juego, a la que se ascendía por medio de una ancha escalera, con pasamanos labrados en madera.

La parte alta estaba rodeada por una galería, desde la que podía abarcarse la sala y a cuya baranda, algunos puntos salían a respirar un poco de aire más puro que el que reinaba en la sala de la ruleta.

Sam, que tal era el nombre del dueño, tenía contratadas una docena de bellas muchachas para alegrar el salón y animar a los clientes a gastarse con más facilidad sus puñados de dólares. Ellas les animaban a ello con arrumacos, promesas de amor y con cadencias de baile, aunque por cada vez que una salía al *parquet* a bailar, el favorecido se veía obligado a abonar un dólar, precio del boleto que cobraba la casa.

En este local estaba contratada Daphne como una de tantas que habían desfilado por allí. Era un medio como otro cualquiera de ganarse la vida, aunque en realidad su fama de mujeres virtuosas se viese rebajada al último límite.

Daphne era bastante apreciada por cierto público asiduo al local. Alta, esbelta, morena, con ojos grandes y expresivos, cuerpo delgado pero acusado de líneas, sonrisa amarga pero atrayente,

sabía captarse la simpatía de un sector menos burdo y aunque su misión era alternar con la clientela, era «*vox populi*» que sabía cumplir su cometido sin salirse de aquel marco equívoco para rozar otro más liviano y peligroso.

Algunos granjeros y rancheros de la región, seducidos por su belleza y por su gracia, le habían propuesto una vida más agradable y discreta que la que llevaba, pero ni con promesas metálicas tentadoras, ni aun con proposiciones matrimoniales, la joven había querido aceptarles.

Los más sensibles, adivinaban una tragedia de amor en su vida y habían intentado curiosamente conocerla, pero ella, discreta, se había encerrado en un mutismo absoluto y lo más que habían conseguido oír de sus labios, era que su vida privada nada tenía que ver con el cumplimiento de su deber en «La Rosa de Nevada».

Zenker sabía que su antiguo amor seguía actuando en el bar por imperativo de una necesidad absoluta de ganarse la vida para ella y para su hijo, y se propuso, vigilarla con la esperanza de que ella le sirviese de cebo inconsciente para llevarle hasta Texas.

Apenas el astuto secretario llegó a Carson City, decidió hacer una visita a «La Rosa de Nevada», pero como su mayor interés estribaba en que Daphne no le viese o reconociese, decidió apelar a un disfraz que le permitiese seguir todos sus movimientos sin que ella se diese cuenta de nada.

Buceó por la ciudad, se procuró una peluca canosa para adquirir un aspecto más avejentado, se embadurnó el rostro con una crema rojiza que le daba el aspecto de un hombre expuesto continuamente al sol, se depiló parte de las cejas para adelgazarlas, dio un fuerte color rojizo a su nariz pálida y afilada y con la barba crecida de varios días y un traje de ranchero que compró en los almacenes de la ciudad, adquirió un aspecto tan distinto, que sólo con un examen a fondo de su persona se podía descubrir la superchería.

Seguro de no ser reconocido, penetró una noche en el bar y se sentó en el rincón menos alumbrado del establecimiento, siguiendo de continuo todos los movimientos de la muchacha, sin descubrir en ella nada anormal. La parroquia a quien atendía seguía mostrándose con ella obsequiosa, pero prudente y nadie de los que se sentaban en el turno a ella asignado, poseían aspecto sospechoso ni cruzaban con ella palabras en voz baja.

Durante varias noches, vigiló asiduamente a la muchacha, siempre con el mismo resultado. Sus ojos inquietos registraban la puerta insistentemente, examinando a cuantos entraban y salían, pero sus esperanzas de descubrir a Texas, se veían fallidas.

Algunas noches se quedó, hasta última hora y vagando por los alrededores esperó la salida de Daphne para observar si fuera del bar se entrevistaba con alguien, pero también se vio defraudado.

Los días que le tocaba trabajar en el último turno de la noche, dormía en una casita de las afueras, donde la madre de una de sus compañeras le cedía cama, y cuando terminaba su trabajo temprano, alcanzaba el último tren que pasaba por Empire y se retiraba a su casita del poblado, en compañía de su hijo, para volver a Carson City al día siguiente mediada la tarde.

Un día a la semana, le tocaba descansar plenamente. Zenker lo sabía, por eso una noche no le extrañó observar su ausencia, pero fuera de estos detalles de su vida normal, nada descubrió que le sirviese para nada.

Zenker se desesperaba. Había perdido la pista de Vera, ignoraba la suerte de su antiguo jefe y nada sabía de su mortal enemigo y estas dudas le ponían frenético, pues sabía que nada podía intentar mientras todos aquellos peligros escondidos en la sombra constituyesen una amenaza para él.

Varios días después de su llegada, se trasladó a Reno, dirigiéndose a telégrafos por si había alguna noticia para él. Un telegrama al nombre imaginario que había dado, le sobresaltó y al leerlo, quedó perplejo. Su auxiliar activo y eficiente le decía:

«En rancho no hay nadie ajeno a él. Salió de viaje sin dejar señas. Jim en compañía de una joven y de un mejicano grande como un elefante, salió ayer en tren. Ignoro destino. Espero instrucciones.

Gregory».

Zenker se mostró sorprendido por el texto del telegrama. Por él deducía que Spack había conseguido fugarse, desapareciendo del rancho, pero le extrañaba que los hombres que le servían y que él había enviado para intentar el rescate del financiero, no le hubiesen avisado del éxito de su empresa.

¿Qué habría pasado? ¿Hacia dónde se habrían dirigido y cuál sería su proyecto? Ahora no le agradaba saber a Spack libre. Si éste se reunía con su hija y…

De repente dio un salto chocando con un vaquero que entraba en la caseta. Una sospecha terrible le había asaltado.

¿Por qué Vera, cuando se hallaba pendiente de él y de su gestión, había huido, decidiéndose a ayudar a Texas en Elko? Ahora le parecía ver clara su actitud. Sin duda, habían llegado noticias de que Spack se hallaba libre y al no necesitarle ya, se había decidido, no sólo a hacerle traición huyendo a salvar a su enemigo, sino desligándose de él en pago a la infame venta que le había obligado a realizar.

El asunto se complicaba… Vera y Spack, unidos, podían volverse contra él… Texas… Texas había abandonado su rancho con Stella y Nino. ¿Por qué? Todo esto eran incógnitas que no acertaba a aclarar y que sin embargo, le parecía que se ligaban entre sí y que de ellas iban a depender muchas soluciones trágicas en aquella magna lucha, en la que la posición de los contendientes iba cambiando de una manera brusca y rara para todos.

Pero nada podía hacer por su iniciativa. Tenía que fiarlo todo al azar y rabioso, se volvió de nuevo a Carson City a seguir vigilando a Daphne.

Si pasados unos días no encontraba allí pista alguna, tendría que intentar hallarla por otros conductos más complicados.

CAPÍTULO III

Las dos rivales

EL sentimiento intuitivo de Stella respecto a las reacciones de su prima Vera, no había sido infundado. La joven, una vez que se vio en el tren, ya curada, camino del rancho, se preguntó sinceramente si poseería valor para permanecer al lado de Stella y Jim, viéndoles devorarse con los ojos en plena fiebre de amor, y se dijo que aquel sacrificio era superior a sus fuerzas.

Las vejaciones sufridas a cuenta de Zenker, habían variado sus sentimientos de modo fundamental. Ahora todo su odio estaba reconcentrado en su marido, al que jamás podía perdonar la doblez con la que había procedido y estaba dispuesta a dedicar sus energías a terminar con él, dando al olvido en tal terreno a Texas y a su prima, pero comprendía que aunque la ayuda valiosa de Jim le era muy necesaria, no podía pagarla a costa de un sufrimiento tan lacerante.

Y analizado así su estado de ánimo, decidió abandonarles furtivamente en el camino. Sabía a su padre libre, tenía un telegrama diciéndole dónde se encontraban y su aspiración era reunirse con él y contando con su terrible fuerza, buscar a Zenker y aplastarle como o una víbora que era.

Así, aquella noche, aprovechando una breve parada del convoy, descendió en una de las estaciones del trayecto y, escondida entre unos cajones de mercancías, vio marchar el tren mientras ella quedaba allí a merced del destino.

La estación donde se había apeado —lo supo más tarde— era Hazen y allí se informó de que para subir hasta Oregón como era su propósito, tenía que tomar un ramal del Sud Pacific, que le llevaría hasta Amedee, pasada la divisoria, y allí, por la línea N. C. & O., debía alcanzar la frontera de Oregón, deteniéndose en Lakewien.

Desde allí hasta Jackenville, debía usar de la diligencia, pero Vera no se arredró por ello y, decidida, se dispuso a realizar el pesado viaje.

Tres días más tarde, se encontraba en el citado poblado, pero su desesperación fue grande cuando allí no encontró rastros del fugitivo, ni nadie supo darle razón de él.

Sin duda Spack, había decidido salir para algún otro lugar —posiblemente por indicación de Zenker— y la joven, desorientada, se preguntó qué debería hacer para encontrarle.

No hallando solución a tan difícil problema, volvió a pensar en Texas, pero ahora le dominaba el sentimiento del rubor. Después de haber desertado, Jim podía sospechar de ella en otro sentido y se dijo que aquel sería el último escalón a recorrer.

Su obsesión era Zenker. Encontrando la pista de éste, seguramente podría llegar hasta su padre y después de pensar mucho en el asunto, tomó una rápida determinación.

Daphne había sido la chispa que había prendido el polvorín de ruptura entre ella y el secretario. Quizá la joven, tuviese alguna pista que facilitarle, y como al parecer ella tenía tantos o más motivos para odiarle, unidas podrían hacer algo en tal sentido.

Y con la energía que era su característica, volvió a tomar el tren y se dirigió a Empire.

Allí realizó ciertas indagaciones que le condujeron hasta Carson City. Daphne trabajaba aquella semana en el último turno y se quedaba en la ciudad hasta el día que tenía libre, que volvía a cambiar el servicio.

No le agradó mucho la perspectiva de tener que buscarla en el bar. Entendía que aquellos lugares no eran lo más adecuado para ser visitados por una mujer, pero confiaba en poder entrevistarse

con ella fuera del local, abordándola a la hora del trabajo y quedando citada con ella en algún sitio más discreto.

Los detalles se los había facilitado la mujer que cuidaba la casita de la desgraciada joven. Vera no pudo ver al niño porque se lo había llevado a tomar el aire una nieta de la vieja y tampoco su amor propio le impulsaba a verle por dignidad.

En cambio, prestó su atención a un retrato de Daphne que debía servirle para identificarla. Con rabia disimulada, reconoció que era una joven muy linda y elegante, que no tenía aspecto de ser una cualquiera y recordando la historia de la muchacha, se dijo que en realidad no había razón que justificase otra cosa.

Al día siguiente, poco antes de anochecer que era la hora en que el establecimiento empezaba a sentir el peso de la animación, se situó cerca de él, dispuesta a esperar la llegada de su rival amoroso. Estaba segura de reconocerla rápidamente y necesitaba concertar con ella una entrevista urgente.

En efecto, llevaría media hora rondando el establecimiento, cuando la vio llegar, sencilla y recatada, vistiendo un traje de calle que en nada denunciaba su trabajo frívolo y llamativo.

Se cruzó ante ella y haciéndole un gesto con la mano para que se detuviese, preguntó con voz temblona:

—¿Es usted Daphne Rutherford?

La joven la contempló, extrañada, y repuso:

—En efecto, yo soy.

—Me interesaría poder hablar con usted un rato de algo que le afecta y a mí también, pero como este no es lugar a propósito, ¿podría indicarme dónde verla, sin prisa ni testigos molestos?

La joven miró a Vera inquisitoriamente, preguntándose quién sería y qué tendría que tratar con ella, pero al observar que no recordaba su rostro ni ella le había dicho su nombre, repuso:

—¿Puedo saber quién es usted, cuando menos?

—Sí, pero no en este momento. Le advierto que el asunto le interesa hondamente. Se trata de algo íntimo y vuelvo a insistir que no es este el lugar adecuado. ¿Tiene inconveniente en señalarme otro?

La muchacha, observando que ya era hora de entrar al trabajo, repuso:

—Bien, no puedo entretenerme. Yo salgo muy tarde del bar y no

es hora de entrevistas… sobre todo para usted, pero si quiere, mañana, a la hora de la comida, puede verme en la casa donde paro los días que trabajo hasta muy tarde. Busque Virginia Street y en el número 12 pregunte por mí.

—Gracias. Mañana, a las dos, iré a verla.

Y se separó rápidamente de ella para dirigirse al hotel donde había buscado hospedaje.

Al siguiente día, como había prometido, se presentó en la morada de Daphne, donde era esperada con curiosidad. La joven se había pasado la noche haciendo mil conjeturas sobre su extraña visitante y se preguntaba quién podía ser y qué tendría que tratar con ella con tanta urgencia y misterio.

Daphne la hizo pasar a la única pieza de que disponía, un limpio y modesto dormitorio, y señalando uno de los asientos que allí había, dijo:

—Bien, señora, aquí puede usted hablar sin reservas. Espero que ahora tendré el honor de saber quién és usted y lo que interesa de mí.

La hija del financiero, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta al hablar, exclamó sordamente:

—Me llamo Vera Spack… ¿Le dice a usted algo este nombre?

Daphne, como mordida por un áspid, se irguió y con acento frío y cortante, exclamó:

—¿Vera Spack? ¿La hija del millonario Claudio Spack?

—Sí, la misma.

—¿La que ese Villano de Zenker pretende por esposa?… No creí jamás sufrir la humillación de que usted en persona viniese a verme… Claro es que, tratándose de ustedes y en particular de ese miserable, todos los caminos les parecen buenos para allanar obstáculos… Me figuro a lo que viene usted.

Vera, dolida por aquel preámbulo, preguntó irónica:

—¿Está usted segura?

—Casi puedo, estarlo. Yo soy un peligro y una amenaza para Oliver. No me he resignado a mi triste suerte, no por mí sino por mi hijo, pues con él no quiero nada, aunque fuese mi salvación eterna. Él la pretende a usted cómo me pretendió a mí un día, cuando yo era una joven inocente. Mi padre poseía dinero y él ambicionaba ese adinero y mi virtud. Aquello ya pasó, fue un juego en el que él

lo ganó todo y yo todo lo perdí, pero ha quedado algo que recuerda aquella historia y que le estorba; mi hijo… Ese es el peligro y tratará de borrarlo como sea. Usted es joven y bonita, su padre es inmensamente rico. Zenker carece de conciencia y de escrúpulos y le habrá convencido de tal suerte, que usted está dispuesta a ayudarle. Claro es, yo soy una mujer sin honor alguno; trabajo para ganarme la vida en un lugar público, donde los hombres se creen con derecho a tratarme como un guiñapo, soy una cualquiera que no merece un trato de respeto y Zenker habrá pensado que con un puñado de dinero puede coser mi boca para siempre.

»Bien, no quiero discutir mi virtud ni mis ambiciones… Soy lo que quieren que sea y debo resignarme al trato que quieran darme. Yo he renunciado para siempre a ese hombre vil, pero no a que cuide de lo que tiene obligación de hacerlo. Si usted cree que yo puedo ser un estorbo para su boda y su problemática felicidad, no lo seré por lo que a mi persona se refiere. Dígame en cuanto han tasado mi conformidad para que se celebre la boda sin escándalo y quizá lleguemos a un acuerdo».

Vera, en lugar de sentirse ofendida por las aceradas palabras de la joven, sentía un regusto doloroso al oírla expresarse con tanta valentía. Era una especie de espejo deformado donde se veía retratada y comprendía todo el amargo dolor y el asco que aquella valerosa muchacha sentía por su antiguo amante y por ella, al suponerla su cómplice en aquel chantaje amoroso tan repugnante. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, replicó:

—Comprendo sus sentimientos y por eso la he dejado desahogarse. Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo, pero he de advertirla, que está usted muy lejos de suponer el motivo que me trae aquí. No necesito ya comprar su conformidad porque Zenker es mi marido.

Daphne abrió los ojos desmesuradamente contemplándola con asombro y luego, rompiendo a reír con risa nerviosa afirmó:

—¡Es usted una joven demasiado valiente! No creí que ninguna mujer en el mundo, sabiendo la clase de hombre que era Oliver, estuviese dispuesta a entregarse a él en cuerpo y alma.

—Yo lo he hecho. Usted lo hizo antes que yo.

—Yo no le conocía… Usted, sí…

—En efecto, yo sí y a pesar de eso… me casé con él. ¿No cree

usted que puedan existir motivos más poderosos que el amor para entregarse a un hombre aún a sabiendas de lo que es?

—No. No lo creo.

—Porque no le llegó la hora de pesar el caso. Lo celebro por usted.

—No la comprendo —dijo Daphne desconcertada y un poco medrosa al observar el aspecto cansado, dolorido y deshecho de su rival.

—Se lo explicaré. A pesar de mi posición y de mi dinero, no me casé con él por amor, pues le detestaba tanto o más que usted. Me casé vendiéndome a él.

—¿Vendiéndose?

—Sí. El precio que exigía por el sacrificio, fue la vida de mi padre. ¿Es usted capaz de comprenderlo?

La muchacha, asombrada, dijo:

—No… ¿Para qué le voy a mentir?

—Yo se lo explicaré. No debo avergonzarme de ello, aunque sea un caso de vergüenza. A veces, confesar los errores y la maldad, es un bien futuro para tenerlos presentes y no volver a caer en ellos. Tanto mi padre como yo, quizá influenciados por ese hombre no hemos llevado una vida muy moral. Hemos sido víctimas de nuestro propio egoísmo y hoy lo pagamos. Un día, el destino puso en nuestra senda a mi hombre excepcional; se llama Jim Texas…

Daphne hizo un brusco movimiento y exclamó:

—¿Texas?… ¡Oh sí, es algo excepcional! Yo…

Se contuvo y Vera prosiguió:

Ya sé que ha terciado en sus vicisitudes. De eso hablaremos después. Texas descubrió nuestros planes y nos combatió. Se entabló una pugna terrible en la que hemos sido derrotados varias veces… mi padre… fue ahorcado una vez por Jim y lo salvó de la cuerda Zenker; es lo único que tengo que agradecerle, después… nos hemos perdonado mutuamente la vida y yo puedo demostrar que al menos una vez, he salvado la de Texas.

»Últimamente Texas capturó a mi padre… Yo temía que lo hiciese matar… tenía cierto derecho a ello, pues mi padre fue sorprendido cuando se iba a deshacer de él… le llevaron prisionero al rancho de Jim y creo que si no le mató, fue, porque Zenker le tendió un lazo y le obligó a salir precipitadamente de su rancho.

»Más tarde temiendo por la vida de mi padre no sabía qué hacer para salvarle de una muerte cierta. Zenker y yo nos odiábamos… yo al menos a él sí. No le quería ni quise nunca y cuando Texas le echó en cara su conducta con usted y me descubrió lo que le había hecho, me sirvió de pretexto para acabar con sus esperanzas ya que yo, aunque sabiéndolo un imposible, estaba muy enamorada de nuestro enemigo.

»Zenker quiso abandonarme a mi suerte y al fin, aprovechándose de mi angustia, me hizo una proposición. Se comprometía a sacar a mi padre de las garras de Texas si a cambio me casaba con él. Sería un pacto como otro cualquiera y duraría después lo que yo quisiese, una vez mi padre a salvo. Desesperada acepté y me casé con él.

»Nuestra unión ha durado dos semanas. El día que recibí noticias de que mi padre estaba a salvo, le abandoné y llegué a tiempo para evitar que Texas muriese en la emboscada. Luego… no sé cómo nos descubrió, y cuando nos alejábamos en el tren, me sorprendió en mi litera y me apuñaló. No he muerto, porque Texas acudió a mis gritos y el miserable se arrojó por la ventanilla al río. Esta es la historia. Hoy no sé qué es de mi padre, ni sé tampoco si ese monstruo ha muerto o vive y desorientada, me acordé de usted y vine por si podía facilitarme una pista para encontrarle. No tengo más misión en el mundo que cobrarme aquella venta infame con su muerte y librar al mundo de un reptil como él.



Daphne le había escuchado con sorpresa y emoción y cuando Vera concluyó su relato, la muchacha se acercó a ella diciendo:

—Lo siento. Perdóneme las cosas agresivas que he podido decirle. Usted se hará cargo de mi situación y…

—No hace falta que me lo diga. Sabía algo.

—Pues bien, poco o nada puedo hacer por ayudarle. Conozco algunos de los refugios secretos que tenía Zenker, y a ellos he hecho llegar cartas de amenaza, pero si como dice se arrojó al río y no ha dado señales de vida, cabe pensar si habrá sido porque se ahogó.

—No sería verdad tanta dicha. Mi esperanza era que usted…

Daphne movió la cabeza diciendo:

—No lo creo, aunque… quizá si vive y ha recogido alguna de mis cartas, se decida a venir aquí alguna vez o a escribirme… Hoy casi me alegraría que no lo hiciese.

—No; debe hacerlo y usted debe obligarle a cumplir con su hijo. Le sobra dinero para ello.

—Lo sé, pero acaso me emponzoñase su oro. No gano mucho, pero me defiendo. El capitán Texas me envió un puñado de billetes y me invitó a ir a su rancho con el niño… Comprendo que a éste le beneficiaría ir, pero… no sé si es orgullo o vergüenza lo que me

impide aceptar. Llevo una vida equívoca. Tengo la conciencia tranquila de mantenerme limpia de cuerpo y alma en ese ambiente, pero eso sólo lo sé yo, los demás ni lo creen… ¿No le parece que una mujer así mancha lo que toca?

—¡No! —Aseguró valientemente Vera— yo he manchado más cosas a pesar de estar en otro plano moral más respetado. Creo que debía usted aceptar… Su hijo es antes que nada.

—Sí, lo es. Por él haré todos los sacrificios, pero los haré cuando sean precisos… Quisiera que le conociese. Por fortuna sólo se parece a mí.

—Más vale así. Cuide de que jamás sepa quién fue su padre para que no lo manche ni el recuerdo.

Con la conversación se acercó la hora del trabajo de Daphne y ésta nerviosa, exclamó:

—Señora, créame que lo siento. Es usted como yo, una víctima de ese miserable, aunque cada una lo sea por distinta causa. Quisiera hacer algo por usted, pero no me es posible. Las dos sabemos lo mismo respecto a Zenker.

—Desgraciadamente es así, y lo triste es que ignoro el paradero de mi padre. Sospecho que se haya reunido con él y que pueda tratar de cobrarse en él el rencor que tiene conmigo.

La joven se dispuso a marchar y dirigiéndose a Vera la invitó:

—Si se queda usted aquí algún tiempo, venga a verme. Será para mí un consuelo… y si su permanencia se alarga y no le importa, venga a Empire el día que tenga libre; conocerá usted a mi hijo.

—Quizá me quede. De momento no sé qué hacer y tanto hago en un lugar como en otro. Haré algunas gestiones desde aquí para localizar a mi padre. Quizá se haya ido a Washington aunque realmente ya nada tenemos que hacer allí.

Casi anochecía cuando abandonaron el domicilio de la muchacha dirigiéndose al bar donde ésta trabajaba. Ya el movimiento de población empezaba a notarse y el bar se animaba con rapidez.

En la puerta, Daphne se despidió preguntando:

—¿La veré a usted mañana?

—Sí, tendré mucho gusto en visitarla. Si necesita usted algo de mí, o tuviese noticias, en el hotel Texas me tiene hospedada.

Y con un gesto amistoso, se despidió de ella confundiéndose con

la multitud que llenaba la calle.

CAPÍTULO IV

ZENKER TRAZA SUS PLANES

ZENKER se hallaba desorientado. Llevaba unos días en Carson City vigilando estrechamente a Daphne y nada había descubierto que le indicara que la joven estuviese en relación alguna con Texas, ni tenía noticias de Vera y el financiero.

Una tarde al anochecer, salió del hotel para dirigirse a «La Rosa de Nevada». Estaba decidido incluso a dejarse ver de Daphne y apelar a otros procedimientos para conseguir algo práctico.

Se la había ocurrido dar la cara, fingir que aceptaba su petición, asegurando que nada tenía que ver con Vera de la que se había separado, e intentar sonsacarle algo respecto a Texas. En caso preciso, apelaría a medios coercitivos para obligarle a secundar sus planes, incluso apoderándose de su hijo y amenazando con no devolvérselo hasta que le ayudase de un modo indirecto a librarse de la amenaza de Texas.

Cruzaba por el lado fronterizo de la calzada para dirigirse al bar, cuando de un modo mecánico se envaró llevando la mano al ala del sombrero para inclinarla aún más sobre sus ojos. Acababa de descubrir algo que jamás hubiese sospechado, pero que era una realidad tangible. A la puerta de «La Rosa de Nevada», Daphne

departía al parecer en tono afable con Vera. Esto era para el astuto secretario una sorpresa y un misterio que no acertaba a explicarse.

Todo lo hubiese sospechado menos la presencia de su mujer en Carson City, en amigable compañía de la mujer a quien debía odiar tanto como a él por haber sido la causa de su ruptura de amistades. Esto no tenía explicación lógica y necesitaba encontrarla. De momento, había algo real y regocijante para él y era el haber empezado a encontrar pistas de las personas perdidas. Estaba seguro de no haber dado muerte a Vera, pero ahora tenía la seguridad de ello y además, el destino volvía a ponerla a su paso para vengar en ella todos los sufrimientos morales que venía padeciendo.

Retrocedió y oculto tras un árbol, no perdió de vista a la pareja el momento que ambas estuvieron paradas a la puerta del bar. Este, momento lo aprovechó Zenker para trazarse los preliminares de un plan que le permitiese no dejarla escapar de sus garras.

Por un instante pensó que acaso no estuviese sola. Ignoraba el paradero de Spack y acaso ella, más afortunada, había logrado ponerse en contacto con él, en cuyo caso tendría a ambos al alcance de su mano.

Si así era, liquidaría cuentas con ellos y después podría dedicar toda su atención exclusivamente a Texas.

Cuando Vera, inconsciente del peligro que le acechaba se despidió de Daphne, y se dirigió lentamente al hotel donde se hospedaba. Aquellas horas resultaban ya peligrosas para que una mujer sola anduviese por las calles y debía recluirse hasta el siguiente día.

Zenker, amparado en su pseudo disfraz, la siguió de cerca y así llegó hasta el hotel Texas donde la joven se hospedaba.

Cuando desde la puerta se convenció de que en efecto paraba allí, pues la vio penetrar decidida al interior ganando la escalera que conducía al piso primero, se decidió a obrar rápidamente.

Él tenía su alojamiento bastante distante, pero frente al hotel Texas existía otro más modesto llamado Hotel California y penetró en él solicitando habitación.

Le fueron mostradas las que se hallaban libres y la suerte hizo que se hallase vacía una cuya ventana daba frente por frente al hotel rival.

La contrató pagando por adelantado y se dirigió a su antiguo alojamiento del que recogió su equipaje trasladándole a su nueva morada. Desde la ventana, podía vigilar la entrada e incluso seguir sin llamar la atención todos los movimientos de su mujer.

Aquella noche no fue a «La Rosa de Nevada». Le interesaba más preocuparse de Vera a la que tenía que abordar en condiciones que la pusiesen en sus manos sin que nadie pudiera intervenir en su favor.

Esto quizá fue un bien o un mal para Zenker, pues de haber acudido al bar aquella noche, se hubiese enterado de cosas que le afectaban grandemente.

Pero, como decimos, le urgía más ocuparse de Vera y abandonando el hotel ya a última hora, se dirigió al barrio sucio de la capital, donde estaba seguro de encontrar hombres sin Ley ni conciencia que le ayudasen a secundar sus planes.

Buscando por entre callejuelas oscuras, estrechas y pésimamente alumbradas, llegó a una taberna titulada «El Salvaje Oeste», título que le cuadraba muy bien, pues a ella solían acudir los individuos más salvajes y duros de toda la región.

Zenker penetró en el tugurio con aplomo. No era la primera vez que pisaba aquel antro y sabía que todo el que lo hiciese sin decisión y desprecio se exponía a un grave contratiempo.

Más de veinte individuos de extraña e inquietante catadura ocupaban las toscas mesas del reducido local. Todos volvieron la cabeza inquietos al abrirse la puerta y muchos pares de ojos se clavaron en la silueta de Zenker examinándolo rápida e inquisitorialmente.

El tipo les despistó. Parecía un ranchero equivocado, y uno de los clientes, sonriendo con siniestra ironía, le tiró del pico de la chaqueta preguntando:

—¡Eh, ranchero! ¿Busca usted por casualidad un buen equipo de «cowboys» para su rancho? Aquí hay buenos muchachos para elegir.

Zenker se sintió molesto por el osado tirón y volviéndose hacia él, contestó:

—Los hombres que yo busco, estoy seguro de encontrarlos aquí, pero no serás tú de los que yo necesito precisamente.

El sujeto se envaró ante la audaz contestación. Se tenía por hombre duro y las palabras de Zenker envolvían un insultante

desprecio que no estaba dispuesto a consentir.

Se levantó del asiento y se colocó frente a Zenker. Éste sabía lo que aquella actitud significaba y estaba dispuesto a ganar por la mano al fanfarrón, única manera de darse a respetar por aquellos hombres de los que iba a necesitar algunos.

El aludido preguntó con desprecio:

—¿Por qué no voy yo a valer lo que valgan los demás aquí presentes?

—Porque yo necesito hombres que hagan mucho y hablen poco y tú…

No dijo más, pero como había elegido el lugar donde le iba a aplicar el puño con garantías de éxito antes de que el rufián se le adelantase, extendió el brazo de modo fulminante y lo dejó caer sobre el mentón de su interlocutor cuando éste le oía con la boca abierta.

Aquello le perdió. El puño duro y flexible, dio en el sitio justo y el bandido sintió como si una mole de piedra le machacase los sesos, para después caer fulminado al suelo donde quedó tendido como una rana.

Zenker, ocultando el dolor que le había producido en la mano el terrible golpe, avanzó hacia el mostrador diciendo:

—Tabernero, convide por mi cuenta a todos estos corderos. Me gusta alternar con los chicos buenos y formalitos.

Una carcajada sonora acogió la insinuación. El acto de hombre llevado a cabo por Zenker les había granjeado su admiración y todos se reunieron en torno a él sin cuidarse del compañero caído.

—¡Bravo, ranchero! —exclamó uno—. Se ve que de eso no lleva más que el traje.

—Me alegro que pienses así, muchacho. Ese coyote por no darse cuenta tendrá que lamentarlo algunas horas.

El tabernero sirvió sendos vasos de *whisky* y Zenker, apurando el suyo, preguntó:

—¿Quién sabe dónde se encuentra Jim «El Largo»?

Todos se miraron en silencio y un muchacho joven, de rubio pelo ensortijado, ojos azules y porte elegante, aunque no podía ocultar que era hombre duro y enérgico, se adelantó diciendo:

—Yo sé algo… ¿De qué se trata?

—Quería hablar con él de un negocio.

—Pues… no va a ser posible, Jim tuvo una conversación bastante ruidosa con un *sheriff* a cincuenta millas de aquí y sirvió de motivo principal para un bonito entierro. Pero si algo quiere, yo era su segundo y me libré de acompañarle al infierno por una verdadera casualidad.

—Lo siento —dijo Zenker— era un buen amigo mío. En fin, a rey muerto rey puesto. Si como dices, eras su segundo, tú debes heredarle. Quiero hablar contigo de un asunto y luego, si como espero necesitas gente, a tu cargo queda elegir entre estos buenos mozos quien te ayude.

El rubio pistolero le hizo señas para que le acompañase a un sucio departamento que había en la parte posterior y ya solos ambos, dijo:

—Me llamo Bill Stick, dígame en qué puedo servirle.

—Necesito apoderarme de una joven y tenerla recluida cierto tiempo donde no pueda escapar. Preferiría que fuese fuera del poblado, pero no muy largo y sobre todo, donde no se enterase nadie de que está oculta.

—Lo último no es muy difícil. No muy lejos de aquí, el terreno se presta a retenerla en alguna cueva, siempre que haya quien la vigile estrechamente. ¿Tiene que sucederle algo grave a la muchacha?

—No lo sé aún, pero si ha de sucederle, es cosa mía.

—¡Ah bien, asuntos personales!

—Justamente.

—Lo malo es poder raptarla. Carson City es un poblado grande con bastante vigilancia y es más fácil matar a tiros a media docena de personas, que raptar a una.

—Yo te daré la ocasión de hacerlo sin mucho ruido y sin peligro. El asunto me interesa que se lleve a cabo sin escándalo y yo os proporcionaré el medio de que así pueda realizarse.

—En ese caso, lo demás no tiene importancia. ¿Para muchos días?

—No sé, pero os contrato a tanto por día, aparte de un precio razonable para apoderaros de la chica.

—Bien. Ponga cinco billetes de ciento por el rapto y uno diario por la persona que se cuide de ella. Para mí, una gratificación aparte de doscientos dólares.

Zenker echó cuentas y repuso:

—No es nada barato para el poco peligro que significa, pero lo acepto. Os advierto que si se os escapa, entonces puede haber peligro para todos y ese peligro lo correréis por vuestra cuenta.

—De acuerdo. ¿Le parece bien cuatro hombres más para que se turnen en la vigilancia continua?

—Aceptado. Elíjelos y tenlos preparados para el momento oportuno. Tú déjate caer mañana al anochecer por «La Rosa de Nevada» y allí te veré. No te dirijas a mí; yo lo haré cuando me interese, o te buscaré aquí.

—De acuerdo.

Zenker sacó unos cuantos billetes de la cartera que entregó a Bill y con él salió a la taberna.

—Bien, muchachos —dijo— he tenido mucho gusto en beber un vaso a vuestra salud. Cuando ese vuelva en sí, que le den de beber de mi parte para que se le cure el golpe, y dejó un billete sobre el mostrador saliendo a la calle.

Por aquella noche, había terminado su labor. Dejaba la trampa preparada y no tardando mucho, Vera sufriría una de las impresiones más desagradables de su vida.

Y Zenker contento y satisfecho, se entregó al descanso, bien ajeno a que así como él estaba trabajando para la perdición de sus enemigos, éstos se hallaban a poca distancia laborando con el mismo entusiasmo.

* * *

La tarde de aquel día, habían llegado a Carson City, Texas, Stella y Nino. Texas hacía algún tiempo que no visitaba la capital de Nevada y observó que ésta se había desarrollado grandemente, aunque con su expansión y desarrollo el vicio y la afluencia de gente indeseable habían crecido también.

La ciudad poseía más espacio, se habían levantado edificios relativamente higiénicos y agradables, los hoteles se multiplicaban porque la población flotante así lo exigía y los garitos, tabernas y bares, aumentaban y duplicaban su lujo y atracciones.

Después de dudar un momento, Texas decidió hospedarse en un lugar poco exhibicionista. No temía nada anormal, pero su instinto

siempre en guardia, le advertía que era un deber en él tomar precauciones, mucho más yendo acompañado de Stella.

Así, eligió un hotel poco llamativo pero limpio y decente. Titulábase «Hotel San Francisco» y era propiedad de un californiano de dicha ciudad, que agradándole Carson City decidió establecerse allí.

Al llegar la noche, Texas dijo a Stella:

—Voy a hacer algunas indagaciones para averiguar si la muchacha sigue trabajando en el bar y si está aquí. Como no quiero dejarte sola por si acaso, se quedará aquí Nino haciéndote compañía. No creo tardar mucho en regresar.

Stella insistió en que se llevase al mejicano. En el hotel y sin que nadie supiese su estancia, no corría peligro, en tanto que él podía sufrir algún contratiempo y para ella era una garantía que le acompañase su perro fiel.

Nino también insistió en ir. Le agradaba más la perspectiva de poder pasar un rato distraído y bebiendo algunos vasos de *whisky*, que pasar la noche sentado en un asiento junto a la puerta de la joven.

—Tú eres un borracho sinvergüenza —dijo Texas— que no buscas más que las ocasiones de beber. Voy a prescindir de tus inútiles servicios.

—Pero manito de mi alma, si tengo ranas o así en el estómago de beber agua en tu rancho ¡maldita sea Sonora! Llevo sin catar el *whisky* quince días y eso creo yo que me altera el pulso. Tú debes cuidar de que yo no tiemble a la hora de disparar o así.

—No te necesito para eso, borracho sinvergüenza. Todos los hombres que has matado en tu vida se pusieron solos delante de tu *Colt* para suicidarse.

—Güeno va manito. Eso sería cosa de mi insicrasia como tú dices, pero deja que sea así y se sigan poniendo delante, ¡repinto!

Por fin, accedió a llevárselo y ambos se dirigieron al bar, cuando ya la concurrencia era extraordinaria en el local.

Ninguno de los dos conocía a Daphne, pero Texas estaba seguro de señalarla entre todas, solo con los datos que su peón le había suministrado.

Penetraron en el local atestado de gente y buscaron una mesa desde la que se dominaba todo el bar. Desde allí, podía admirar a la

docena de alegres muchachas que alegraban la vida a los clientes y reconocer a Daphne. Nino se apresuró a pedir una botella de *whisky* antes de que Texas se adelantase a pedir absenta y cuando les fue servida, Jim que examinaba a las muchachas, exclamó:

—Dime, Nino, ¿cuál supones tú que sea la que buscamos?

—¡Oh!, pues… creo yo que… la más guapa.

—No seas cabestro, puede o no puede ser la más guapa. Aquí se eligen muchachas lo más bonitas posibles. Me refiero a que señales una.

Nino se puso en pie. Su alta silueta dominaba las mesas y haciendo señas con la mano a la que estimó ser Daphne, exclamó:

—Ahora viene, pregúntale tú, manito.

El mejicano por intuición, había acertado. La suave belleza de la joven llamó su atención sobre el resto de las demás.

Daphne se acercó sonriente:

—Buenas noches, caballeros —dijo con una sonrisa cautivadora —, me parece que son ustedes clientes nuevos en el establecimiento. Espero que queden satisfechos de su visita.

—Eso depende de muchas cosas —aseguró Texas—. ¿Hay inconveniente alguno, en que me diga usted cuál es su nombre?

Ella se quedó mirándole y repuso con lentitud:

—¿Para qué? Todo lo que puedo aceptar de usted es una invitación a beber en su mesa.

—Bien; en ese caso, quizá diciéndole el mío sea usted más explícita. Me llamo Jim Texas…

Había pronunciado su nombre con los ojos fijos en los claros y dulces de la muchacha.

Ésta hizo un brusco movimiento, se llevó las manos al pecho acusando en su rostro la sorpresa y balbució:

—¿Jim Texas? ¿Quién no ha oído hablar del hombre más valiente y generoso de todo el Oeste?

—Dejando los elogios a un lado, ¿puedo saber su nombre?

—Sí, usted, sí; a los demás no les interesaría en el sentido que a usted. Me llamo Daphne.

—Me lo había figurado. He venido exclusivamente a verla.

—Cuánto lo siento… Ya le escribí que…

—Escuche; hay algunas cosas de las que quisiera hablar con usted, pero aquí no es lugar. Me agradaría que me recibiese en otro

sitio y si tiene alguna duda, le advertiré que la visita la haré en compañía de mi futura esposa, que ha venido acompañándome. ¿Le tranquiliza eso?

—Claro que sí, aunque de todas suertes, no se lo negaría. Si quieren, les espero mañana en donde paro. Virginia Street, número 12.

—¿Es buena hora la una?

—Sí.

—Gracias. Ahora no quiero distraerla en su trabajo. Vaya donde la llaman y si alguien siente curiosidad por saber quién somos, dígales que unos rancheros de «El Paso». Me interesa no propagar la noticia de mi estancia aquí.

—Descuide que seré prudente.

Y con el corazón latiéndole con inusitada violencia, abandonó la mesa para dirigirse a atender a otros clientes que reclamaban su presencia.

Texas hizo que Nino diese fin a la botella y arrancándole de su contemplación, le obligó a seguirle al hotel, pues ya nada les quedaba por hacer allí.

CAPÍTULO V

UN RAPTO AUDAZ

CUANDO al siguiente día Zenker despertó, había tomado una resolución producto de algunas horas de desvelo.

Para poder apoderarse de Vera, tenía que tenderle un lazo que le alejase del centro de la capital, llevándola a lugares poco frecuentados, y esto no resultaría fácil si no encontraba un pretexto que no encendiese su desconfianza.

El lugar donde Daphne vivía no era muy concurrido y con un poco de audacia, no resultaría difícil apresarla por los alrededores, siendo para ello la mejor hora las de la mañana.

Se apresuró a ir en busca de Bill, a quien ordenó:

—Dentro de una hora, apostaros cerca de Virginia Street. Yo haré que pase la muchacha por allí. Aunque no la conocéis, ya me veréis a mí caminar detrás. Ir a caballo y cuando yo os indique con la mano, la rodeáis, la montáis a la fuerza en uno y os alejáis a todo trote en busca del escondite. Yo vuelvo al hotel donde me buscarás para indicarme el lugar dónde la habéis llevado.

Bill se apresuró a buscar a sus hombres para cumplir lo ordenado y Zenker, desfigurando su letra, escribió en un pedazo de papel una breve nota que decía:

«Le ruego venga rápidamente a verme. Tengo noticias muy interesantes para usted.

Daphne».

Buscó a un chiquillo de los que holgazaneaban por la calle y dándole una gratificación, le ordenó que llevase la nota al hotel, entregándosela al mozo para que la hiciese llegar a manos de la hija del financiero.

Vera recibió la nota rápidamente y esperanzada por el escrito, pues no pudo sospechar que se tratase de un lazo, se apresuró a abandonar el hotel para dirigirse al hospedaje de la joven.

Suponía que las noticias que quería facilitarle se referían a Zenker. Posiblemente éste había acudido a su llamada y se encontraba en Carson City.

Con apresuramiento se dirigió a Virginia Street sin recelar nada y así, no fijó su atención en Zenker, que, disfrazado de ranchero, la seguía a distancia, ni de cuatro jinetes que un tanto distanciados uno de otro, seguían su ruta desde antes de alcanzar la calle.

Por fin penetró en ésta, que se hallaba desierta a tales horas y avanzó un poco pegada a las fachadas de las casas, pero de repente, se vio obligada a salir a la polvorienta calzada, pues un caballo fogoso y mal dirigido, se metió en su terreno, amenazando con patearla si no le dejaba libre el paso.

Pero apenas se despegó de las casas, tres jinetes la rodearon sin permitirle buscar la huida y cuando Vera se quiso dar cuenta de que era una maniobra premeditada, un caballista grande como un oso, se inclinó sobre la montura y atenazándola de un brazo, la elevó en el vacío, al tiempo que la joven, aterrada, lanzaba un agudo grito.

Pero el jinete le tapó la boca rápidamente y seguido de sus compañeros, emprendió un trote endiablado, alejándose de allí antes que el grito hubiese podido atraer a nadie en su auxilio.

La maniobra fue tan rápida y bien ejecutada, que el propio Zenker quedó satisfechísimo de ella y no teniendo ya nada que hacer allí, se dirigió directamente a su hotel, a esperar la llegada de Bill, para que le condujese al lugar donde Vera debía quedar encerrada.

* * *

Mediado el día, Texas, acompañado de Stella y de Nino, cruzaron aquel mismo lugar, bien ajenos a la tragedia que en él se había desarrollado. La propia Daphne, con vivir a pocos metros del sitio del rapto, no había podido enterarse de él siquiera.

La joven recibió emocionada la visita de su generoso protector y quedó impresionada de la belleza y simpatía de Stella, a quien desconocía.

La prometida de Texas, por su parte, también sintió una honda impresión al enfrentarse con la desgraciada muchacha y una mutua simpatía se estableció entre ellas desde el primer momento.

También Nino se sintió atraído por Daphne. A pesar de su rudeza, era un corazón de oro muy sensible a las desgracias ajenas y se decía que una muchacha tan dulce y atrayente, se merecía toda suerte de felicidades en lugar de una desgracia como la que pesaba sobre ella.

Daphne les facilitó asientos dentro de su modesta estancia y muy emocionada exclamó:

—No sé cómo agradecer ni pagar esta visita. Soy una muchacha señalada por el dedo de la gente y no se honran mucho con ello los que se atreven a visitarme en plan de amistad.

Texas, con un gesto, le obligó a callar, diciendo:

—Usted es una mujer fuerte y valerosa y debe elevarse por encima de la Humanidad. La propia estimación vale por todos los juicios idiotas del vulgo.

—Pero con él hay que vivir y hay que vivir de él… Yo al menos así lo necesito.

—Porque usted lo quiere —interrumpió Stella—. Señorita Daphne, quiero decirle que precisamente para convencerla de que no debe hacerlo así, hemos hecho este viaje.

—¡Oh, por Dios, créame que lo lamento infinito! Yo sé lo que me hago y por qué lo hago.

Texas intervino, advirtiendo:

—Creo que no y voy a demostrárselo. Usted ignora muchas cosas que han sucedido desde que él le escribió la carta que me obligó a dirigirme a usted y quiero contárselas para que sepa el estado actual del caso.

Daphne, anticipándose a sus palabras, dijo:

—Está usted equivocado, señor Texas. Lo sé todo absolutamente.

—¿Cómo todo? —preguntó Jim, asombrado.

—Sí; conozco su lucha con ese miserable en Elko, cómo le hirió a usted, cómo quiso matar a su mujer y cómo huyó, saltando al río.

Tanto Jim como Stella se miraron intrigados y la joven, comprendiendo que ignoraban todo lo concerniente a Vera, se apresuró a añadir acto seguido:

—Les explicaré cómo ha llegado a mí toda esa información. Ha sido la propia Vera Spack la que ha venido a verme y a contármelo.

Texas saltó sobre su asiento. Cualquier cosa hubiese admitido como posible, menos que Vera se encontrase en Carson City y se hubiese puesto al habla con Daphne.

—¿Qué dice usted?… ¿Que Vera ha estado aquí?

—Sí, vino a verme ayer. Me contó toda su odisea, la desesperación que le embarga al no haber encontrado a su padre, cuyo paradero ignora y su deseo de saber si yo tenía alguna noticia de ese rufián, pues su misión en el mundo ya no más que la de vengar la afrenta que le ha hecho.

Texas, asustado, exclamó:

—¡Pero esa mujer está loca! ¿Con qué fuerzas cuenta para combatir con el canalla de su marido, en el caso de que éste haya logrado salvar la vida? ¿Por qué fue tan inconsciente que huyó del tren y no se amparó en nosotros? Ella sabe que esa misión me corresponde a mí y debió dejarla en mis manos.

—Ignoro los motivos que posee para ello. Sólo sé que me buscó para sincerarse conmigo y para inquirir algún detalle que le sirviese para localizarle. Por desgracia sé tanto de él como ella.

Texas levantándose, exclamó:

—No puedo permitir que ande solitaria por ahí un momento más. Tengo que encontrarla. ¿Sabe usted dónde para?

—Sí, en el hotel Texas, pero no se molesten. Quedó en venir a verme dentro de un rato.

—Me alegro —exclamó Stella— quiero convencerla de que debe quedarse a nuestro lado y renunciar a esa lucha suicida. Hay cosas que sólo son para los hombres.

—¡A veces! —Afirmó enérgica Daphne—. Yo le aseguro que si la ocasión se presenta, sabría portarme como un hombre tratándose de

ese miserable.

Durante más de una hora hablaron largamente contándose detalles muy interesantes de sus vidas, en particular de la muchacha, la cual se dio a conocer como un carácter viril siempre que se trataba de su hijo.

—¿Por qué no vienen ustedes pasado mañana a Empire y le conocerán? —preguntó—. Ese día lo tengo libre.

Stella intervino para decir:

—Escuche, Daphne, iremos, pero antes hágase a la idea de que será para llevarla con nosotros al rancho. No podemos consentir que permanezca un minuto más actuando en ese antro, sólo por sostener a su hijo. Jim es rico, tanto, que no sabe qué hacer con sus rentas y yo tengo un capital que para nada lo necesito teniendo el de mi futuro marido. Su estancia en el rancho no es perjuicio alguno para nadie. Allí comen cientos de hombres y mujeres y dos más nada significan. A usted le hace falta descanso y aire puro, al niño también. Allí lo encontrarán y Jim puede proporcionarle un trabajo más digno, si su orgullo le impulsa a no tener que agradecer a nadie el pan que se lleve a la boca.

Daphne rompió a llorar al oír las palabras cariñosas y enérgicas de la joven y Stella acercándose a ella le acarició dulcemente el cabello diciendo:

—No se niegue, Daphne. Siquiera por darme la alegría de tener una compañera con quien pasar las horas distraída y poder jugar a ratos con el pequeño.

Ella seguía llorando dulcemente y por fin, haciendo un esfuerzo, gimió:

—¡Oh! Son ustedes muy buenos, demasiado buenos para con esta pobre pecadora, pero yo allí…

—No siga. Allí nadie la conoce. Usted allí será una viuda que se ha quedado sola con su hijo y todos la respetarán como tal. No se hable más, Daphne.

Ésta tuvo que ceder. Aceptaría tan generoso ofrecimiento, pero siempre que de verdad le proporcionasen un empleo donde ganar lo que comiera.

Stella muy contenta de su triunfo, le ofreció que así sería.

Daphne añadió:

—Bien, iré con ustedes, pero esperen un par de días. Debo dar

tiempo al dueño del bar a que encuentre quien me sustituya. Se ha portado conmigo muy bien a pesar de que no siendo como las demás, no le he rendido la utilidad que las otras y debo corresponder. Pasado mañana que tengo libre, iremos a Empire y arreglaré todo para el viaje.

Texas hubo de resignarse. Aprovecharía el tiempo para convencer también a Vera de que les acompañase y luego, se encargaría de hacer gestiones para localizar al financiero y a Zenker si vivía.

La conversación se había prolongado y Vera no había comparecido. Ante la extrañeza de Jim, Daphne dijo:

—Me extraña. Me prometió venir a las dos y ya han dado las tres. No me explico su tardanza.

Texas inquieto sin saber por qué, dijo:

—No la esperemos más. Iré a su hotel y la buscaré allí. Espero que no se haya marchado de Carson City de modo inopinado. Sería una lástima.

—Yo tampoco lo creo. No tenía prisa alguna que seguir y de haberla encontrado, estoy segura que hubiese venido a decírmelo.

Se despidieron de la joven y Texas se obstinó en dirigirse a su alojamiento para ser él en persona quien visitase a Vera. No convenía, que lo hiciese también Stella para suavizar el primer encuentro entre ambas. Dejó a su prometida con Nino y se dirigió al hotel Texas preguntando por Vera.

Como ésta no había ocultado allí su nombre, no encontró dificultad alguna en que le diesen los informes que solicitaba.

—En efecto —aseguró el dueño— aquí hay una señorita que ha dado por nombre el de Vera Spack.

—¿Cuál es su habitación?

—La dieciocho, pero no está en el hotel.

—¿Sabe usted si salió hace mucho tiempo?

—Sí, señor; salió bastante temprano. Le trajeron una nota urgente y un cuarto de hora más tarde se fue.

Texas se retiró malhumorado. No se explicaba la ausencia de Vera, ni el no haber acudido a visitar a Daphne. Aún más, se preguntaba quién tendría noticias de su estancia para haberle remitido aquella nota indicada por el dueño del hotel.

Volvió dos veces en su busca sin que hubiese regresado y ya de

noche, tomó una resolución.

Requiriendo al dueño del hotel, le dijo:

—Poseo sospechas bastante fundadas de que a esa señora pueda haberle sucedido alguna desgracia.

—¿Quiere acompañarme a su estancia a ver si está en ella y usted no la vio regresar o le ha sucedido algo?

El hostelero alarmado, acompañó a Jim a la habitación. Ésta se encontraba vacía, la ropa de la joven sobre el lecho y todo demostraba que su marcha había sido rápida y sin tiempo para ordenar la habitación.

Texas echó un vistazo a ésta y algo llamó su atención. Fué un pedazo de papel olvidado junto a la almohada del lecho.

Le echó un vistazo y quedó perplejo. Era la falsa nota de Daphne citándola con urgencia.

Se volvió hacia el hostelero preguntando:

—¿Quién trajo esta nota?

—Pues… no sé… pero el mozo de servicio se lo puede decir.

Descendieron al piso bajo. El mozo reconoció el papel y afirmó:

—La trajo un muchacho con orden de entregársela enseguida. No esperó contestación.

—¿Conoce usted al muchacho que la trajo?



—Pues… su cara no me es desconocida. Creo haberle visto algunas veces por aquí. Lo que sí puedo afirmar, es que si le viese de nuevo le reconocería al momento.

Texas intrigado, se lo llevó aparte diciendo:

—Si consigue usted localizar al muchacho, le entregaré veinte dólares. Lléveme el aviso al hotel San Francisco. Pregunte por el señor Texas y si no estoy, habrá una señora que se hará cargo del recado.

El mozo ante el ofrecimiento, prometió recorrer todo el barrio en busca del chico. Terminaba entonces su servicio y hasta el siguiente día no debía volver.

Texas preocupado, abandonó el hotel diciendo a Nino:

—Camina con todos los ojos abiertos y el revólver pegado a la mano. Me temo que estemos caminando sobre un barril de pólvora próximo a estallar.

—Bueno, manito, pues le aplicaremos la mecha a tiros, creo yo…

Se encaminaron directamente a «La Rosa de Nevada» donde ya Daphne transformada de alegría, había, reanudado su trabajo.

Cuando la joven les vio entrar, sintió una honda inquietud. Se acercó a ellos disimuladamente y Texas mostrándole la nota preguntó:

—¿Ha escrito usted esto?

—¿Yo? ¡No! Esta letra no es mía… ¿Qué sucede?

—Que esta mañana temprano, le entregaron a Vera esta nota y salió del hotel sin que hasta el momento haya aparecido.

—¡Dios mío! ¿Quién puede habérsela enviado?

—No sé y daría cien mil dólares por saberlo ahora mismo. ¿Quién tenía noticias de su entrevista con ella?

—Por mi parte, nadie. Fué ella quien me sorprendió acercándose a pedirme la entrevista. La desconocía y no sabía que estaba en Carson City.

—Y sin embargo, alguien lo ha descubierto y además les ha visto a ustedes juntas. Este es un misterio que no acierto a aclarar.

De súbito, Daphne palideciendo horriblemente, se llevó las manos al pecho y balbució acongojada:

—¡Oh señor Texas! ¿Por el amor de Dios, dígame que no sospecha que yo pueda haber tendido un lazo a esa infeliz y que esté en combinación con alguien?…

Él con un gesto enérgico se apresuró a tranquilizarla asegurando:

—¡No piense niñadas!… Conozco a la gente para saber de quién debo sospechar y de quién no… No, usted no ha sido capaz de eso, pero alguien… ¡Por Judas! ¿Será posible que esté aquí ese miserable y espiándola a usted haya descubierto a Vera?

Daphne cada vez más azorada, musitó:

—¡No me asuste! Es ahora cuando de verdad siento miedo de él. Le creo capaz de todo.

—Y yo. Esta noche, cuando acabe usted su jornada, le enviaré a Nino para que le acompañe a su domicilio. No tenemos seguridad de nada, pero hay que estar precavidos.

—Si no hubiese dado palabra al patrón de quedarme hasta mañana por la noche, tomaba el tren y me iba en el primero que saliese.

—Vigilaremos por si acaso. Yo no pienso permanecer de brazos cruzados.

Antes de regresar junto a Stella, Texas intentó hacer ciertas

averiguaciones y con diversos pretextos, preguntó en algunos hoteles a ver si le daban informes que le permitiesen comprobar si en efecto, el audaz secretario se encontraba en Carson City, pero sus gestiones resultaron infructuosas. Aún en el caso problemático de que se le hubiese ocurrido, preguntar en el Hotel California donde Zenker se hospedaba, no le hubiesen podido facilitar una pista, pues Zenker había dado un nombre falso y con su pseudo disfraz, tampoco podía corresponder a las señas que de él daba.

Aburrido, regresó al hotel y cuando llegó a él, se sintió más animado. El mozo del hotel Texas había localizado al muchacho que llevó la nota a Vera y lo había hecho acompañarle a presencia de Texas.

Éste le interrogó prometiéndole una buena propina si le encaminaba al hombre que le había dado la nota, pero el muchacho sólo supo dar las señas del falso ranchero que en nada correspondían a Zenker.

Le despidió entregándole un dólar de propina y se quedó meditando sobre el caso. Aquel ranchero de pelo canoso, era para él una incógnita que tenía que aclarar.

CAPÍTULO VI

Una entrevista trágica

DOS horas después de verificarse el inaudito rapto de Vera, Bill el pistolero se presentó en el hotel a buscar a Zenker. Todo se había desarrollado conforme a los planes de éste y la joven se encontraba bien guardada en una cueva de las depresiones, a un par de millas de las afueras del poblado.

—Bien —exclamó Zenker— búscame un buen caballo y adquiérelo para mí. Me vine sin ninguno y me hace falta para ir y volver cuando lo crea preciso. Regresa pronto con él.

Le entregó un puñado de billetes y Bill desapareció para estar de regreso al cabo de una hora, con un precioso caballo negro como la noche, que satisfizo las exigencias del secretario.

Éste montó en él y seguido del forajido, emprendió el camino de las cortadas.

—¿Os dio mucho qué hacer? —preguntó.

—No mucho. En el primer momento, parecía un reptil retorciéndose en brazos de Wess, pero éste quo tiene la fuerza de un toro, la atenazó bien por la cintura y la prometió meterle dos onzas de plomo en la cabeza si no se mostraba razonable. La medicina no pareció gustarle mucho porque obedeció.

Luego, chascando la lengua y haciendo un gesto picaresco, añadió:

—¡Y es linda la condenada! Buen gusto patrón. Espero que si algún día no le sirve, nos la traspase. Sería un buen regalo por el trabajito.

Zenker a pesar del odio que sentía por Vera, se sintió herido por el ultraje y mirándole fríamente, advirtió:

—Voy a decirte algo para que os sirva de guía de aquí en adelante. Esa mujer es mi esposa.

El pistolero abrió mucho los ojos y luego confuso, rezongó:

—Bueno, perdone… yo no sabía… creí que…

—No creas nada y limítate a ganar lo convenido sin salirte de ello. Yo también sé manejar un revólver y jugarme la vida con quien sea.

El rufián enmudeció. El asunto era más serio de lo que había pensado y a fin de cuentas, con el dinero que iba a sacar del negocio tenía para buscar mujeres fáciles en el poblado, que no lo complicasen su ya complicada vida.

Y en silencio se dirigieron al lugar de la cueva.

Vera había sufrido una de las más violentas impresiones de su vida al sentirse así raptada en plena calle y muy lejos de sospechar que allí corriese peligro alguno. Cuando se dio cuenta de que la maniobra de los caballistas se dirigía contra ella y quiso ponerse en guardia para burlarla, ya era tarde. Aquella manaza grosera y brutal que le aprisionó inopinadamente, era como un enorme tornillo que se clavaba en sus carnes y el grito ronco que se escapó de su agarrotada garganta, murió en flor al ser aplastada su boca por una mano descomunal.

Pero como era mujer enérgica, luchó denodadamente por zafarse de la prisión sin conseguirlo. EL rufián le atravesó sobre la silla del caballo y al observar su forcejeo le amenazó con darle cinco tiros, amenaza que paralizó las energías de la joven.

Comprendía que ya nada le quedaba que hacer y se resignó de momento. Su cabeza llena de ideas confusas, no se sentía capaz de analizar los hechos y se preguntaba quiénes serían aquellos desalmados y qué pretenderían de ella.

Por un momento, abrigó la esperanza de que hubiesen sufrido una confusión tomándola por otra. Si esto era así, no tardaría en

aclararse el equívoco y la pondrían en libertad.

Pero si sus esperanzas eran infundadas, ¿de quién partiría tan audaz golpe y qué pretenderían hacer con ella? Nadie conocía su estancia en Carson City nada más que Daphne y por más que pretendía sospechar de la joven, no acertaba a encajarla en un complot de aquella naturaleza ni veía motivo alguno por su parte.

Podía haber sido una venganza al saber que se había unido a Zenker, pero ¿qué ganaba ella con semejante acción?, si en cualquier caso ni Zenker se quería casar con ella ni ella quería a Zenker.

Por otra parte, ¿qué elementos de ayuda podía tener ella entre los maleantes de la ciudad para organizar con tanta premura aquel rapto y qué objeto definido podía tener?

Sumida en un mar de confusiones, trató de seguir el camino que llevaba. Se veía alejada del poblado hacia unas depresiones del terreno y se preguntó llena de angustia, si la conducirían allí para matarla y deshacerse de su cadáver sin dejar rastros.

Por fin alcanzaron un terreno abrupto cubierto de espesos matorrales y después de deslizarse por algunas trochas y pasos estrechos y tortuosos, alcanzaron un pequeño claro en una de cuyas paredes se abría una negra boca.

Bill desmontó diciendo:

—Ya hemos llegado. Apearla, meterla ahí dentro y vigilar bien para que no salga. Si intenta hacerlo, clavarla a tiros ahí dentro. Voy en busca del patrón.

Vera se guardó mucho de hacer ningún movimiento sospechoso. Las órdenes del bandido habían sido tajantes y aunque ignoraba que todo fue para asustarle y evitar que les complicase la vida, se abstuvo de rebelarse contra ellos.

Fué introducida en la cueva y Bill montando a caballo, se encaminó de nuevo al poblado.

Vera sentada en el musgoso fondo de la cueva, se preguntaba quién sería el patrón de los bandidos y que pretendería de ella. Cada vez se afianzaba más en su idea de que los forajidos habían sufrido un error y anhelaba que llegase la persona a cuyas órdenes trabajaban para salir de dudas.

Nada pudo averiguar durante las tres horas que permaneció allí encerrada sin ver a nadie extraño. Los bandidos, como si ella no

existiese, habían establecido una timba frente a la boca de la cueva para no perderla de vista y con los revólveres en tierra al alcance de sus manos, se distraían jugándose el dinero con fiereza.

Por fin, más de mediado el día, uno de los rufianes se varó y recogiendo las cartas, dijo:

—Oigo pisadas de caballos. Debe ser Bill.

Se repartieron por los alrededores del cubil ocultando los naipes y poco después, dos caballos penetraron en el claro.

Bill que iba delante, desmontó y señalando la cueva, dijo:

—Ahí dentro la tiene usted.

Zenker se apeó y mirando a los forajidos, indicó dirigiéndose a Bill:

—Haga el favor de situarles de modo que vigilen las entradas pero que se alejen un poco de la cueva. Voy a tratar asuntos íntimos con esa mujer y no tengo por qué dar publicidad de ellos.

El rufián sonrió malicioso e hizo señas a sus hombres para que le siguiesen. Su mente astuta, supuso que se trataba de algo grave en el terreno del honor del fingido ranchero y esperó con curiosidad el resultado de la entrevista.

Zenker se dirigió a la cueva quedando en la entrada de forma que la luz le diese de lleno, ordenó agresivo:

—¡Vera!… Haz el favor de adelantarte un poco que te vea la cara.

La joven que en principio no había reconocido a su marido, se sintió herida por su timbre de voz inconfundible y un grito ahogado de espanto brotó de su garganta. Él al captarlo, exclamó sonriendo ferozmente:

—¿Tanta alegría te ha causado volver a encontrarme? No creo que pueda compararse a la que yo siento en este momento. Una esposa tan buena y cariñosa como tú, causa siempre alegría cuando se la encuentra creyéndola perdida para siempre.

Las irónicas palabras de Zenker tuvieron la virtud de encresparla más que amedrentarla y avanzando fieramente hacia él, rugió:

—¡Bandido!… ¿De manera que eras tú quien ha organizado este aparatoso espectáculo?

—¿No te agrada, preciosidad? ¿Cómo puedo yo vivir alejado de mi amante mujercita después de las numerosas pruebas de cariño que se han cruzado entre nosotros? ¿Cómo puedo yo olvidar tu

conducta abnegada y fiel de Elko, ni tú puedes olvidar mi cariñosa visita de la noche del tren?

Vera rabiosa y encrespada, no sabía que decisión tomar. Sentía impulsos de lanzarse sobre él y luchar como una fiera pasase lo que pasase, pero la presencia no lejana de los pistoleros le contenía haciéndole adivinar que el esfuerzo sería inútil.

Con gesto despreciativo, preguntó:

—¿Se puede saber qué quieres de mí? ¿Olvidas que acordamos que nuestra unión duraría lo que yo quisiera?

—Cierto, pero no se acordó que debías traicionarme en el momento más grave de mi vida… ¿Por qué lo hiciste?

—Porque estaba desesperada de tu odiosa presencia.

—¿Si? ¿No sería porque tuviste noticias de que tu padre se hallaba a salvo y ya no me necesitabas?

Ella sin darse cuenta preguntó:

—¿Quién te ha informado?

Él, comprendiendo que había acertado, repuso:

—¿Acaso ignoras que yo lo tengo todo muy bien organizado para saber lo que me conviene? ¿Dónde está tu padre?

—¡Eso te pregunto yo a ti, malvado, ruin, cobarde! ¿Qué has hecho de él?

—No pretendas engañarme, Vera. Tú eres quien debes de saberlo puesto que interceptaste el aviso.

—¡Mientes y lo sabes! Es cierto que intercepté el telegrama. Lo enviaban desde un pueblo de la frontera de Oregón, pero cuando fui no encontré ni rastros de él.

Zenker se quedó dudando. Parecía cierto lo que su mujer afirmaba, pero no quedaba satisfecho con la explicación.

—¿Que hacías en Carson City?

—Buscándote.

—¿A mí? —Y rio agresivo.

—¿Acaso te habías arrepentido de dejarme por tu desdeñoso y valiente amor?

—No, te buscaba para encontrar a mi padre. Estaba segura de que tú sabías donde se hallaba.

—¿Y quién te dijo que yo podía estar aquí?

—Nadie, pero vine a preguntar a Daphne por si esta podía proporcionarme alguna pista.

—¡Ah sí a Daphne!, tu rival a la que tanto parecías odiar porque había significado un pequeño entretenimiento en mí vida. No sospechaba que pudieses descender hasta el extremo de codearte con muchachas de tan dudosa virtud.

Ella se revolvió gritando:

—Aunque pretendas humillarla, es millones de veces más digna y virtuosa que tú. Me siento honrada de haber entablado amistad con ella.

—Es natural, las víctimas amorosas de Oliver Zenker forman un bloque compacto para intentar una venganza. Debo darte los nombres de otras muchas que engrosarían la piadosa asociación. Sería un espectáculo conmovedor.

—¿Es para decirme eso para lo que me has hecho traer aquí?

—¡Oh no!, esto es un inciso. Te necesito para algo más interesante.

—Pero no supondrás que vas a conseguirlo aunque no sé de qué se trata.

—Sí que lo conseguiré, a menos que estés tan cansada de la vida que no te importe quedarte en uno de estos agujeros. Eso queda a tu discreción.

—Me es igual. La vida no tiene para mi atractivo alguno.

—De eso ya hablaremos en momento oportuno. No me interesas ya ni poco ni mucho. He conseguido de ti lo que me proponía y has pasado a ser una más en mi larga lista de conquistadas, aunque para lograrlo haya tenido necesidad de apelar al matrimonio, pero esto también tiene un precio. Soy tu marido legítimo y por lo tanto tu heredero. Espero encontrar a tu padre y hacérselo ver y obligarle a que me reconozca como tal. Tu vida garantizará mi dote.

Vera palideció al oírle. Sabía de la maldad de Zenker, pero se estaba dando cuenta de que alcanzaba límites imprevistos.

—Eres tan villano, que no dudo que lo intentarás.

—Puedes creerlo, pero aún hay más. Necesito acabar con Texas y tú me vas a servir de cebo.

Vera palideció aún más al oírlo y avanzando amenazadora hacia él, rugió:

—¡Nunca!… ¿Lo oyes? ¡Nunca! Prefiero morir.

—Ya lo veremos. Te doy de plazo hasta mañana para que lo pienses. Necesito que le escribas una carta diciéndole cómo te he

cogido prisionera, cómo y dónde te tengo encerrada. Quiero que te pague la vida que te debe viniendo a rescatarte de mis manos.

—¡No lo conseguirás! Fui una mujer tan malvada como tú porque tú nos contagiaste, pero por fortuna he cambiado mucho. Algo me ha hecho ver que el bien en la tierra produce más satisfacciones que el triunfo del mal y jamás caeré en la tentación de seguir la senda que he dejado detrás de mí. Búscale cara a cara como los hombres si te consideras tal y mátale si puedes de frente. Claro es, que las alimañas solo atacan a traición y tú necesitas de ella para triunfar.

—Bueno, no pensarás que con tus discursos moralizadores voy a cambiar de vida. Estoy preguntándome qué pensará tu padre cuando sepa tu conversión.

—Yo le haré ver que es lo humano y decente imitarme. A fin de cuentas, mi padre ha sido lo que nosotros hemos querido que fuera.

—Ya es tarde para arrepentirme. Texas se deshará de él.

—No, me lo ha prometido si mi padre cambia de conducta.

—En ese caso, me desharé yo de él. No estoy dispuesto a dejar la, traición sin castigo.

—Inténtalo. Yo estoy segura de verte caer entre tus propias redes.

—Lo malo es, que no lo verás. Cuando nos encontremos en el Infierno, será ocasión de comprobar quien tenía razón.

—Luego, señalando la cueva, advirtió:

—Habrás visto que te tengo bien guardada. Mis hombres tienen orden de disparar sobre ti sin consideración al menor intento de fuga. Medita de aquí a mañana, que volveré en busca de tu contestación. Ahora te dejo, porque tengo mucho que hacer. Daphne entra también en la lista de las personas que me molestan y tengo que ocuparme de ella. Presiento que esta vez la redada, va a ser amplia y fructífera.

Se alejó seguido de los más duros improperios de la joven y dirigiéndose a Bill, ordenó:

—Que la vigilen estrechamente. Y ahora vente conmigo, tengo un trabajo nuevo para ti.

—Eso me agrada. Vigilar a un gusano inocente no es muy divertido.

—Te daré algo que tampoco significará mucho peligro…

—¿Conoces Empire?

—¿Quien no lo conoce si está a dos pasos de aquí?

—Bien, te voy a dibujar un plano par que encuentres una casita aislada que existe al Oeste del pueblo. En esa casita, vive una vieja con un niño de un par de años, necesito que te apoderes de ese niño y lo traigas junto con mi mujer. Puedes entregárselo de mi parte para que lo cuide, advirtiéndole que es el hijo de Daphne.

—Muy bien. ¿Cuándo hay que hacer ese trabajo?

—Hoy mismo si tienes tiempo.

—Puede hacerse. Buscaré un par de amigos que me acompañen por si los necesito, aunque no creo que la vieja sea obstáculo grande.

—Llévatelos por si acaso. Cuando hayas dado el golpe y tengas el niño en la cueva, búscame para darme cuenta de ello.

Ambos entraron en el poblado y Bill se separó de Zenker para ir a la taberna en busca de los hombres que debían ayudarle a raptar al pequeño, mientras Zenker se dirigía a su hotel.

Zenker no era hombre que cuando concebía un proyecto dejase este a medio perfilar. Estaba obsesionado con atraer nuevamente a su campo de acción a Texas y conociendo a Vera, no estaba muy seguro de poderla obligar a escribir a Jim prestándose a tenderle aquel burdo lazo. Por si no lo lograba, le quedaba una carta por jugar y esta le parecía más segura. Sabía la idolatría de Daphne por su hijo. Para la joven, el pequeño lo constituía todo en el mundo y si se lo arrancaba de los brazos y le amenazaba con no devolvérselo hasta que no le sirviese de instrumento ciego para atraer a Texas a Carson City, estaba seguro de que su amor de madre se impondría a todo otro sentimiento y concluiría por secundar sus planes.

El único inconveniente que encontraba era el estorbo que iba a significar Vera e incluso el niño, pero si conseguía atraer a su feroz enemigo y deshacerse de él… Entonces, quizá no sintiese escrúpulos de hacer lo mismo con los demás.

Esta esclava docilidad estaba royéndole el pensamiento hacia unas horas. Su amenaza lanzada a Vera sobre la herencia de esta, era un asunto muy interesante a madurar. Si Spack ignoraba la suerte de su hija desde que cayó prisionero en el rancho, podía contarle una historia fantástica achacando la muerte de su mujer a Texas y bien urdida la trama, nadie podía negarle el derecho a

considerarse heredero de Spack siéndolo legalmente de su hija.
La partida que estaba jugando era la más grande y complicada de cuantas llevaba jugadas hasta el momento y merecía la pena de cuidarla y ganarla.

CAPÍTULO VII

PISTAS Y CONTRA PISTAS

TANTO TEXAS como Stella y Nino, pasaron un día terrible de nerviosismo e inquietud. La cosa se había complicado súbitamente cuando menos lo esperaban y su temperamento claro y leal, no se avenía con aquella clase de lucha sorda entre tinieblas en la que no eran duchos.

Texas poseía la convicción de que todo aquello era obra de Zenker. Podía considerarse verosímil, si había acudido a Carson City atraído por la amenaza de Daphne, pero había dos puntos oscuros en el caso: uno, que las señas que el muchacho les había dado del hombre que le encargó, de llevar la nota no coincidían en nada con las de Zenker y otra, que Daphne ni siquiera hubiese visto al secretario, ni hubiese sufrido la más leve molestia por su parte.

Esto le tenía desorientado y no acertaba a tomar una decisión que tuviese cierta lógica. ¿A quién buscaba para llegar hasta Vera? ¿Dónde podía hallarse ésta y cómo podrían haberla raptado en caso de existir rapto, cuando Carson City era un poblado demasiado concurrido para poder ejecutar impunemente semejante maniobra?

Todo aquello le tenía cohibido y asustado, pues la presencia de Stella la consideraba no ya un estorbo, sino un peligro más que

atender, si en realidad Zenker se hallaba entre las sombras dispuesto a aprovecharse de su ventaja asentando algún golpe de los suyos.

Por ello, decidió que Nino no se separase de ella. Se bastaba para hacer las pesquisas precisas de momento y solamente cuando hubiese logrado encontrar una pista sería llegado el momento de decidir.

Ansiosamente volvió a visitar el hotel sin que Vera hubiese dado señales de vida, compareció dos veces más en «La Rosa de Nevada» sin que Daphne pudiera ayudarle a aclarar sus dudas y desesperado, se retiró al hotel definitivamente aquella noche, dispuesto a extremar al día siguiente sus pesquisas, e incluso visitar al *sheriff* para solicitar de él una ayuda eficaz.

Pasó una noche de inquietud sin casi poder conciliar el sueño y solamente logró, dormirse cuando el día iba a romper, lo que obligó a Stella a dejarle dormir sin consentir que Nino le llamase.

Eran las once cuando despertó bruscamente y rabioso por haberse dormido perdiendo un par de horas, se levantó presuroso dispuesto a lanzarse a la calle a averiguar algo que le orientase.

Estaba casi arreglado para salir, cuando por el pasillo captó unos pasos precipitados seguidos de unos sollozos femeninos al tiempo que una vez truncada, suplicaba.

—¡Texas!… ¡Texas!…

Abrió la puerta con violencia y se enfrentó con Daphne. La joven, toda despeinada, con el rostro blanco como la cera y los ojos enrojecidos pos el llanto, corrió hacia él y cayendo desfallecida en sus brazos murmuró:

—¡Texas, por todos los santos, ayúdeme o me muero!… ¡Ese miserable me ha robado a mi hijo!

Stella que se hallaba en la habitación inmediata, al reconocer la voz de la joven salió apresuradamente y haciéndose cargo de ella, medio la arrastró hacia el interior de su estancia diciendo angustiada:

—¡Por Dios, Daphne, cálmese!… ¡No se desespere!… Pase y díganos que ha sucedido.

Texas estaba tenso y pálido también. Adivinaba que las cosas estaban tomando un vuelo demasiado dramático y una rabia sorda que no podía desahogar a tiros le estaba encendiendo la sangre.

Daphne fue depositada en un asiento y la joven entre hipos de angustia y dolor, balbuceó:

—¡Dios santo, si no sé concretamente lo que ha sucedido porque no estaba allí! Solo sé lo que Esther me ha contado.

—Bien diga lo que sea… Quizá todo pueda solucionarse pronto.

—¿Cómo? ¡Oh!… No sé lo que me digo… Verán… Esta mañana ha llegado a Carson City en el primer tren, la vieja Esther que cuidaba del niño. Venía destrozada y llena de señales. Casi enloquecida, me contó que ayer noche, cuando acababa de acostar al niño y se disponía a retirarse a dormir, un tipo de mala catadura saltó por una de las ventanas encañonándola con un revolver para que no gritase, mientras otros dos individuos de su misma facha, saltaban detrás de él apresurándose a atarla con unas cuerdas y a ponerla una mordaza.

Cuando la dejaron indefensa, penetraron en la alcoba donde dormía el niño, lo envolvieron en una manta y se ausentaron dejando a la pobre vieja tirada como un saco. Tras mucho forcejeo, logró arrancarse la mordaza y asomarse a una ventana dando gritos y muy de mañana, cuando pasaba por allí un carrito de verduras, el conductor oyó sus gritos y acudió libertándola.

Esther corrió al cuarto, observando que no faltaba nada más que el niño. No se trataba de ladrones vulgares, sino de gente que iba decidida a raptar a mi hijo.

Cuando iba a salir, descubrió sobre la cama un papel que recogió y tomando el primer tren que pasó por Empire, ha venido a darme cuenta de lo ocurrido.

La he dejado en mi cama presa de un ataque de nervios y yo, por un verdadero milagro he reunido fuerzas para venir aquí. No tengo nadie que me ayude ni me proteja, contra ese monstruo y solo usted es capaz de poder hacer algo para ayudarme a rescatar a mi hijo.

—Ha hecho usted muy bien, Daphne, pero ¿cómo sabe usted con certeza que es obra de Zenker?

Ella temblona, le presentó el papel que estrujaba entre sus agarrotados dedos y Jim lo tomó en alta voz:

«No verás a tu hijo más, hasta que me

ayudes a realizar mi venganza. Escribe a Texas pidiéndole que venga a Carson City. Dile que ha desaparecido tu hijo y que sospechas que he sido yo quien ordenó raptarle. El día que llegue aquí y caiga en mis manos, volverás a tener a tu hijo, pero si así no es, despídete para siempre de él».

El papel no tenía firma ninguna, pero Texas había visto bastantes escritos del miserable secretario y reconoció al punto su letra.

Sintiendo que una alegría feroz inundaba su alma dijo:

—Bien, no se preocupe y vuélvase a su domicilio sin salir de él para nada. Si está aquí y la vigila, puede descubrir que nos encontramos en Carson City y todo puede estropearse. Únicamente saldrá usted a echar una carta en el correo para que sí la tiene bajo vigilancia, le haga creer que en efecto cumple su orden ante el temor de perder al pequeño.

—¿Cree usted que eso sirva para algo?

—Puede servir. No garantizo nada, pero si espera que yo acuda a su llamada, se estará aquí a la expectativa y el tiempo lógico que yo podría tardar en venir desde mi rancho, lo aprovecharé para sorprenderle si es posible. Son cuando menos tres días a nuestro favor.

—Pero mi hijo…

—Cálmese. Seguramente no le quiere más que para obligarla a cumplir sus mandatos. Yo creo que lo tiene escondido en alguna parte y eso es lo que vamos a tratar de averiguar en este tiempo. Confío en rescatarlo sin ningún peligro para él.

—¡Dios le oiga señor Texas! Si lo consigue, besaré el suelo por donde usted pise.

—No necesita rebajarse tanto. Es un deber de humanidad ayudarle a arrancarle de sus garras.

Daphne un poco más tranquila se retiró, pero Texas dio orden a

Nino de salir tras ella y vigilarla a distancia. No quedaba muy tranquilo y temía que si Zenker la vigilaba, pudiese intentar algo contra ella.

Cuando quedó a solas con Stella, ésta, nerviosa preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora, Jim?

—Que me trague el Infierno si lo sé, Stella. No estoy acostumbrado a estos trabajos de zapa. He dado toda mi vida la cara a los peligros y me estoy moviendo en un terreno que flaquea bajo mis pies. La cosa variaría si consiguiese localizar a Zenker.

—Tiene que estar en algún sitio de la ciudad.

—¿Pero dónde? Si se ha apropiado de Vera y ahora del niño, debe estar oculto en alguna casa particular, donde sus dueños estén a sus órdenes. Esto dificulta mucho poder dar con él.

—Tienes razón, pero no me explico qué pretende. Es muy expuesto lo que ha hecho. Aún en el caso de que tenga tanto interés en hacerte venir, sabe que se expone a que Daphne te advierta del peligro y entonces…

—Creo que no, porque la vida de su hijo es una garantía.

—Aun suponiéndolo así. ¿Y la desaparición de Vera? No cabe duda de que la tiene en su poder.

—Tratará de vengarse de ella. Le dejó en una posición terrible en Elko y sabe que lo hizo por salvarme. Eso no se lo perdonará nunca.

—Me asustas, Jim. Si es cierta tu sospecha, ¿qué le habrá sucedido a la pobre Vera?

—Lo ignoro y créeme que me tiene intranquilo. Zenker es capaz de las mayores monstruosidades.

—Lo sé. Ahora temo por ti también. Si la fatalidad hace que te descubra antes que tú a él…

—Tendré mucho cuidado y no me separaré de Nino. No puedo quedarme aquí de brazos cruzados, cuando dos vidas peligran. Quisiera que no te encontrases aquí para poder moverme con más libertad.

—Quiero correr tu misma suerte. Podría sucederte algo imprevisto… Ahora lamento la locura de haberte hecho venir.

—Yo no, acaso hubiese sido peor quedarnos, pues si Zenker hubiese obligado a Daphne a escribirme sin advertirme lo que sucedía, hubiese podido caer en la trampa.

—Tienes razón, los nervios me obligan a decir disparates. ¿Cuál es tu idea ahora?

—Buscar alguna pista. No sé dónde ni cómo, pero la buscaré. Te ruego que no salgas para nada de aquí.

—Quisiera hacer algo también, Jim. Sobre todo no dejar sola a esa pobre Daphne.

—Yo haré que se venga aquí contigo esta noche cuando acabe su trabajo. De momento nada tiene que hacer en Empire. Cuidarás de ella y se te hará el tiempo más corto.

—¡Por Dios, Jim, mira mucho dónde te metes!

—Descuida, que lo haré por mí y por ti…

Hizo señas a Nino que acababa de regresar y abandonó el hotel, dispuesto a recorrer todos los lugares sospechosos de la ciudad en busca de algún rastro. Le era más fácil seguir una pista de indios en un desierto de arena, que seguir la de aquel ser rastrero y emboscado.

Apenas habían pisado la calle, cuando un muchacho se acercó a Texas, diciendo:

—Oiga, señor: usted me prometió una buena propina si le llevaba hasta aquel hombre que me mandó con el papel al hotel Texas.

Jim, reconociendo al muchacho de la nota, contestó:

—¡Oh, claro, y estoy dispuesto a ello! Veinte dólares te doy si me guías donde vive.

—Gracias. Ya le he encontrado.

Texas sintió una alegría terrible al oír al muchacho y tomándole del brazo exclamó con ronca voz:

—¿Estás seguro? ¿No te engañas?

—No, señor, no me engaño; esta mañana le he visto salir a caballo con otro individuo muy alto y delgado.

—¿De dónde?

—Del Hotel California.

—Dame sus señas.

—Es un tipo fuerte, tiene el pelo canoso, las cejas delgadas y la cara rojiza del sol. Viste como los rancheros.

Texas, asombrado, repuso:

—Estás equivocado, muchacho. El hombre que yo busco no es así.

—Bueno, el que usted busca no sé cómo será, pero el que me dio la nota es ése. No se me despinta.

—¿Dices que le has visto en el Hotel California?

—Sí, le esperaba otro a la puerta con dos caballos. Él montó en uno negro y se fueron hacia el Norte. Le vi cómo le veo a usted ahora y le conocí como le he conocido a usted enseguida.

Texas, ante la firmeza del muchacho, dijo:

—Bien, toma los veinte dólares guíame a ese hotel.



El muchacho se puso delante de los dos aventureros y les guio por unas callejuelas, hasta enfocar precisamente en la calle donde estaba situado el Hotel Texas, donde se había hospedado Vera. Texas sintió una enorme curiosidad al observar como el muchacho se detenía en el centro de la calle y señalando el hotel fronterizo, decía:

—Aquí vive ese señor.

La mente de Jim trabajó con la velocidad del relámpago, haciéndole adivinar muchas cosas. Aunque las señas que el mozalbete le había dado no coincidían con las de Zenker, existía

una conexión. Si era él, debía haberse disfrazado para evitar ser reconocido y la fatalidad le había llevado a hospedarse en aquel hotel fronterizo al habitado por Vera. Cualquier coincidencia hizo que la descubriese al entrar o salir y esto le bastó para seguir su pista y llevarla hasta Daphne, ligando a ambos en sus redes.

Gozoso entregó otros diez dólares al muchacho, diciendo:

—Toma, mocito, te los has ganado.

El chico tomó lleno de gozo el nuevo billete y se lo guardó en el bolsillo, mientras Texas, haciendo una seña a Nino, penetraba seguido de él en el hotel, con la mano apoyada en la culata del revólver.

Pero la suerte estaba jugando una partida muy complicada con ambos enemigos y así, en el momento en que Texas se detenía frente al hotel conversando con el muchacho, Zenker, que se hallaba fuera de su habitación y que regresaba a ella, sufrió una terrible impresión al reconocer a no larga distancia a su terrible enemigo.

Un rugido de furor se ahogó en su garganta al descubrirle y hasta llevó de modo involuntario la mano al revólver, pero se contuvo. No era lugar adecuado para una acción violenta, mucho más estando Texas acompañado del mejicano y amparándose en su disfraz, se detuvo medio oculto en un porche, observando la escena.

A Zenker no le costó trabajo adivinar lo que sucedía. Acababa de reconocer al muchacho a quien confiara la nota para Vera y comprendía que Texas se había servido de él para localizarle.

Cuando vio penetrar a su rival seguido del mejicano en el hotel, concibió devolver el golpe con sus mismas armas y con disimulo siguió al muchacho hasta un lugar alejado de allí.

Entonces le cortó el paso y tomándole de una oreja, le dijo:

—Ven aquí, granuja, que tengo que ajustar una cuenta contigo.

El muchacho, asustado al reconocerle, iba a gritar, pero Zenker, amenazador, advirtió:

—Si abres la boca te machaco la cabeza. ¿Qué hacías con esos hombres frente a mi hotel?

El muchacho, azorado, contestó:

—Pues… me dijeron que… que eran sus amigos y que… que querían saber dónde vivía. Me… me ofrecieron una buena gratificación si le encontraba a usted y… esta mañana le vi y…

—¿Cuánto te ofrecieron?

—Veinte dólares, pero me han dado treinta…

—No está mal. ¿Dónde le fuiste a dar la noticia?

—Pues…

El muchacho cerró la boca con fuerza y luego se excusó.

—Los encontré en la calle y entonces…

Zenker adivinó que no le diría la verdad si no tentaba su codicia y sacando del bolsillo dos billetes de veinte dólares, se los enseñó diciendo:

—También puedes ganarte estos si me dices a mí lo que sepas. Yo también tengo interés en saber dónde se hospedan esos amigos…

El muchacho dudó un momento, pero tentado por los billetes, estiró la mano diciendo:

—Démelos y le llevaré donde viven.

Zenker se los entregó y el mozalbete caminando por delante, le condujo al hotel San Francisco.

—Aquí viven. En el primer piso.

Hay con ellos una joven muy guapa.

—¿Una joven? Dime cómo es.

Le hizo una descripción y Zenker adivinó que se trataba de Stella. Esto le obligó a sonreír ferozmente. El asunto se ponía mejor que había pensado y la casualidad le ofrecía aspectos insospechados para su venganza.

No necesitando ya al muchacho, le entregó otros cinco dólares advirtiendo:

—Toma. Ya has sacado bastante de este asunto y espero que no trates de ganar más. Vete de estos alrededores y no aparezcas más por ellos, pues como vuelva a tropezar contigo por aquí, cumpliré mi amenaza.

El muchacho asustado, salió corriendo y Zenker muy satisfecho se perdió entre un dédalo de callejuelas para evitar encontrarse con Texas por allí.

No podía volver al hotel donde seguramente le estarían esperando para sorprenderle. Debía esfumarse dejándoles burlados, pero tenía que aprovecharse de la información recibida para deshacerse de ellos de un modo rápido y por sorpresa.

Por fortuna, estaba en mejores condiciones para el ataque y si se daba prisa, anularía cualquier intento que Texas pudiera llevar a

efecto contra él.

Tenía que buscar a Bill y hacer que éste contratase unos cuantos hombres más. Se avecinaban jornadas dramáticas y quería rodearse de gente dura y en cantidad para, que no le fallase como otras veces.

Su caballo había quedado en la cuadra del hotel y pensar volver por él era una locura. Compraría otro y se encaminaría a las cortadas en busca del pistolero para organizar un ataque a fondo.

Mientras, Texas realizaba investigaciones en el hotel. Tras adelantar una buena gratificación al mozo encargado de la recepción de viajeros, consiguió que le diese algún detalle positivo del que buscaba.

Le indicó la habitación que ocupaba, sus señas, que coincidían con las que le había dado el muchacho, y el nombre, pero éste era un nombre imaginario.

Texas para despistar, afirmó que no se trataba de la persona que buscaba. Ésta era un ranchero de señas parecidas a las de dicho huésped, pero no se llamaba así. De todas formas, tendría que llegar un día cualquiera, pues estaban citados en dicho hotel y para esperarle, pidió una habitación para Nino.

Hallándose vacía la contigua a la ocupada por Zenker, Texas la eligió y dejó en ella al mejicano, advirtiendo:

—No te moverás de aquí. Vigila bien y cuando le sientas llegar, lo dejo a tu cuidado. No dispares sobre él sino es absolutamente necesario, pues necesito que nos diga que ha hecho con Vera y el niño. Yo mientras, voy a avisar a Stella y volveré a hacerte compañía. Tengo muchas ganas de ver la cara que pone cuando se encuentre frente a mí mucho antes de lo que supone.

—Güeno ya, manito —dijo Nino— yo también tengo muchas ganas o así de charlar un rato con ese pringao. Espero que me lo dejarás para mí cuando no tengas nada que sacarle de su asqueroso cuerpo.

—Bueno, no tengo inconveniente, pero habrás de guardarme la cabeza para clavarla en un palo en el palomar del rancho.

—¿Por qué en el palomar? Te quedarías sin palomas o así, porque morirían envenenadas. Mejor será, creo yo, clavarla donde haya muchos buitres, así se largarían a otras regiones más saludables.

Texas lleno de gozo, abandonó el hotel y Nino con el revólver montado, se sentó junto a la puerta entreabierta.

CAPÍTULO VIII

Buceando en las sombras

ZENKER se dirigió a las cortadas donde Bill en unión de sus hombres custodiaba a Vera, el cual se preguntaba que se propondría aquel hombre extraño reteniendo a su mujer y aquel niño de tan corta edad, que ningún mal podía haber hecho en el mundo.

El pistolero en sus cortas luces, suponía que todo aquello debía ser un drama de pasión y celos, mezclado con alguna traición y esperaba con curiosidad el desenlace que pensaba poner a la tragedia.

Cuando vio presentarse a Zenker con un caballo distinto al que él le había comprado, se extrañó.

—¿Qué le ha pasado a su montura, patrón?

—Se la he cedido a un amigo que se ha encaprichado de ella.

—¡Ah!

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Su esposa acogió al niño con lágrimas en los ojos y cuida de él como si fuese suyo propio.

—Mi mujer es muy sensible… para algunas cosas.

Se dirigió a la cueva y Vera al verle llegar, se irguió como fiera

gritándole:

—¡Canalla!… ¡Monstruo! ¿Qué te propones haciendo sufrir a tu propio hijo?

—¿Mi hijo? ¿Estoy yo acaso seguro de que lo sea?

Ella rabiosa, le escupió al rostro bramando:

—Esa es la desgracia que tiene. Debió morirse antes de vivir si ha de saber que es hijo de un dragón.

—Si crees que eso será para él una desgracia, puedo darte ese gusto.

Vera sintió que se le paralizaba el corazón al oírle y clamó:

—¿Serías capaz de hacerlo?

—¿Qué más da? Todos los que habéis girado en torno mío, parecéis confabulados para amargarme la existencia e incluso para buscar mi muerte, ¿por qué no he de desear yo la de todos? Estoy cansado de esta lucha feroz y quiero ponerla fin. Sólo lo conseguiré cuando no quede rastro de vosotros y me vea libre de esta pesadilla. Espero que me comprendas.

—De sobra. No necesitaba que me lo dijeses.

—En ese caso, vete meditando sobre ello. De momento he venido en busca de tu contestación.

—Has perdido el tiempo, Zenker. Yo sé ya el final que me espera. Me lo has dicho cínicamente aunque lo había adivinado. Si ha de ser así, hazlo, pero no lograrás que contribuya a causar un perjuicio más a un tercero.

—Bien, eres un héroe y tendrás tu recompensa, Vera, pero voy a amargarte un poco la existencia hasta que la pierdas del todo. Ya no necesito de tu ayuda, porque tengo a Texas al alcance de la mano.

—¡Mentira! —rugió ella aunque adivinaba que él le estaba diciendo la verdad.

—Puedes creerlo o no, pero quiero convencerte porque si lo dudas no sufrirás. Rapté al chico, porque no estando seguro de que tú te avinieses a secundar mis planes, estaba convencido de que Daphne los secundaría sólo por rescatar a su hijo.

Vera comprendiendo la maldad de su marido, clamó:

—¡Monstruo!… ¡Miserable!

—Eso ya me lo has dicho. ¿No tienes algún insulto nuevo?

—No, no lo encuentro. Cualquiera será un elogio para ti.

—En ese caso, reservártelos. Como te decía, esperaba que

Daphne me secundase y la dejé una orden. O avisaba a Texas para que viniese, o no vería más a su hijo.

—¡No lo hará! ¡Es demasiado noble para eso!

—Ya no me importa, porque resulta que he descubierto que Texas está en Carson City.

—¿Y vives todavía? —preguntó ella agresiva.

—Sí. Gozo de la ventaja de que hasta hace una hora ignoraba que yo estuviese aquí.

Los ojos de Vera flamearon de alegría al oírle, pero él se apresuró a advertir:

—No te alegres, porque es en vano. Texas sabe que estoy en Carson City, pero se ha dedicado a vigilar una jaula en la que jamás me verá entrar. Yo en cambio, sé dónde está, cómo se mueve y lo que hace. Le tengo en mis manos y no sólo a él, sino a tu prima Stella.

—¿Stella? No es posible.

—Sí, ha venido con ella. Quizá vinieron en busca de Daphne para llevársela. Lo cierto es, que están aquí todos y que esta noche me voy a deshacer de ellos sin que puedan evitarlo.

Vera sintió angustias de muerte al oírle. Le sabía capaz de muchas cosas diabólicas y temía por la suerte de Texas, si una vez más el destino no se ponía de su parte.

—Esta noche morirán los tres y luego… luego tienes que morir tú, Vera. Lo necesito, porque como te dije, siendo tu esposo soy tu heredero y por lo tanto, el heredero de tu padre. Cuando hayas muerto, le haré creer que caíste a manos de Texas y que yo logré matar a éste y a ese oso mejicano que le acompaña. Tu padre a pesar de su dolor, verá en mí al héroe que vengó tu muerte y siendo yo tu marido y no teniendo más familia, seré su heredero directo. Más adelante… ya buscaré la manera de acelerar su muerte para gozar pronto de su fortuna. Entonces me retiraré a la vida privada o me convertiré en el rey de las finanzas. Poseo genio para ello y seré el hombre más envidiado de la nación.



Vera con el niño entre los brazos, le escuchaba horrorizada. Siempre le había creído cruel y diabólico, pero nunca como en aquel momento había tenido la medida de su maldad.

Sintiéndose incapaz de decirle nada que pudiese ofenderle, rompió a llorar en silencio aprisionando entre mis brazos al infeliz niño y Zenker irónico, afirmó:

—Cuídale bien, porque será tu último compañero en la vida. Espero que todo me salga bien y si así sale… No sobrevivirás mucho a tu querido Texas.

Y dando media vuelta, abandonó la cueva en la que Vera desfallecida, se había dejado caer completamente aplanada.

Cuando se acercó a Bill que permaneció alejado de la entrevista, le dijo:

—Escucha, tengo un asunto peligroso entre manos. Es algo que hay que hacer bien o no intentarlo. Estoy dispuesto a pagar el riesgo, pero necesito gente tan dura como la roca para llevarlo a cabo. Se trata de dos elementos muy peligrosos y no quiero engañar a nadie porque necesito que el asunto no se frustre.

—Bien, eso tiene siempre arreglo. Pagando como es debido hay hombres para todo.

—Necesito los más curtidos y no importa que sean bastantes.

—¿Basta con media docena?

—No. Doble el número.

—¿Es que vamos a luchar con una jaula de leones? —preguntó Bill despectivo.

—Hazte cuenta de que así será. He visto cómo se han deshecho de más de una docena en condiciones difíciles.

—Bien, cuente con esa docena. ¿Qué es lo que hay que intentar?

—Vamos y te lo explicaré por el camino.

Hasta su entrada en el poblado, Zenker estuvo explicando minuciosamente su plan, siendo escuchado con atención por el pistolero. Éste asintió a todo y terminó por decir:

—Creo que así no habrá posibilidad de una gran pelea. Eso se llama preparar un buen cepo.

—Procurar que no se le suelte el tocino y no piquen.

—¿Quién se va a encargar de la parte más arriesgada?

—Yo. Estaré más seguro.

—Perfectamente. Aquí tienes dinero. Compra lo necesario y ahora recomiéndame un hotel seguro. Necesito borrar mis huellas por si acaso.

—Vaya a «El Oso Azul» y dígale a Walter el dueño, que va de mi parte. Es un hotel muy bien situado. En caso de peligro, se puede salir por media docena de sitios algunos imposible de descubrir.

Bill le dio las señas del hotel y se perdió entre los transeúntes.

Dos horas más tarde, un viajero se presentaba en el vestíbulo del hotel San Francisco solicitando habitación. Por su aspecto y su atuendo, era un «cowboy» recién llegado del interior. Vestía el clásico ropaje de los vaqueros y portaba una vieja y abultada maleta.

Aquel viajero era Bill el pistolero, pero un Bill que nadie hubiese reconocido por su maquillaje terroso y su vestimenta que sabía llevar con aire peculiar. Le fueron mostradas varias habitaciones desocupadas, pero Bill que sabía lo que buscaba, eligió una en el pasillo del piso primero, contigua a la ocupada por Stella. Las que correspondían a Texas y Nino, también eran correlativas pero en primer término.

El vaquero se encerró en su estancia, advirtiendo que pensaba dormir muchas horas de un tirón, pues había realizado un largo viaje y se encontraba muy cansado. Pero Bill no se acercó siquiera al lecho. Con el oído pegado a la jamba de la puerta y atisbando por el ojo de la cerradura, dejó transcurrir el tiempo sin perder un solo detalle de cuanto sucedía en el pasillo.

Ya de noche, prestó una máxima atención a cuanto sucedía alrededor. Texas acababa de llegar acompañando a Daphne, la cual debía quedar en compañía de Stella en tanto que aquella situación confusa no se resolviese.

La joven se hallaba más esperanzada desde que Texas en el camino, le había dado cuenta de su casual descubrimiento para localizar a Zenker.

—¿Cómo le íbamos a conocer así disfrazado? —dijo—. A lo mejor hasta estuvo en el bar y no le reconocí.

—Claro; una peluca canosa despista enormemente. Espero que se lleve una sorpresa cuando acuda al hotel.

Luego, dirigiéndose a Stella, advirtió:

—Querida tengo que marchar. He dejado a Nino solo en el hotel y aunque confío en su fuerza y su lealtad, no puedo confiar tanto en su astucia. Por otra parte podría suceder que Zenker no regresase solo y además de exponerle a un grave peligro, podría frustrarse la caza.

Stella palideció al oírle. Se daba cuenta clara de la dramática situación en que su amado se iba a encontrar y temía angustiosamente por su vida.

—Texas —exclamó—. ¿No habría otro procedimiento para enfrentarse con él? El *sheriff* por ejemplo, podía enviar hombres para detenerle. ¿Por qué has de ser tú quien te expongas trágicamente?

—Porque es mi deber y porque este es un asunto entre él y yo. El *sheriff* exigiría una serie de detalles, órdenes y pruebas, que nos harían perder un tiempo precioso. Esto puede ser cuestión de minutos pero no temas. La sorpresa será él quien la reciba.

Texas repasó sus revólveres y sin apartar la mano de las culatas y vigilando incisivamente la calle, abandonó su hotel para dirigirse al que había ocupado Zenker. Aunque vigiló mucho, no fijó su atención en un par de individuos que a voces, iban discutiendo sobre rodeos, ganado y caballos. Parecían dos vaqueros y aunque les echó una ojeada al pasar, no les dio importancia alguna. De momento no la tenía. Su misión era seguirle de lejos y comprobar si iba al hotel California.

Cuando le vieron entrar, retrocedieron dirigiéndose a «El Salvaje Oeste», donde una colección de hombres rudos, de rostro selvático y artillería imponente, esperaban su visita.

Cuando les vieron entrar, uno preguntó:

—¿Qué noticias traéis?

—Que ya está el pájaro en la jaula.

—Bien, en ese caso, vámonos.

—¿Y Bill?

—Ya sabéis que no debemos esperarle hasta después. Nuestra misión es vigilar y si salen antes de que él llegue clavarles a tiros en la puerta. Eso es todo.

—Pues andando y cuidar de buscar posiciones poco sospechosas. Nos han advertido que son dos tíos de cuidado y debemos evitar que sospechen algo.

La cuadrilla abandonó la taberna y disgregándose, cada uno tomó una dirección distinta, pero poco después, todos se hallaban por los alrededores convenientemente emboscados para cerrar la calle y sorprender a Texas y a Nino si estos tenían la desgracia de intentar la salida.

Texas encontró a Nino aburrido y desesperado. Llevaba varias horas de vigilancia y Zenker no había aparecido por su habitación.

—¿Habrá descubierto algo? —preguntó el mejicano.

—Sería una coincidencia fatal —exclamó alarmado Texas.

Ambos a oscuras en la habitación y con el oído atento, se dispusieron a esperar la posible llegada del enemigo.

CAPÍTULO IX

Momentos de angustia

ERA mediada la noche, cuando Bill, el pistolero, se dispuso a cumplir estrictamente las órdenes recibidas de Zenker.

Abrió la maleta y extrajo de ella dos bidones de petróleo que ocultaba cuidadosamente; también extrajo una pequeña mecha de estopa embreada y algunos útiles extraños que debían servirle para sus planes.

Practicó un agujero en la parte baja de cada uno de los bidones y abriendo la mecha en dos ramales, introdujo uno en cada agujero, taponando luego estos con un poco de cera calentada a la luz de una bujía.

Cuando hubo concluido este trabajo, colocó los dos bidones en el suelo cerca de la puerta, calzándoles por la parte trasera para que adquiriesen una cierta inclinación hacia adelante y luego, prendiendo fuego a la mecha, entornó un poco la puerta y abandonó la estancia bajando a la parte inferior del hotel.

El guardián al verle salir, preguntó:

—¿Se ha dormido bien, forastero?

—Sí, demasiado. Tengo la cabeza embotada y voy a dar una vuelta a refrescarme. Dentro de una hora estaré de regreso.

Y apretando el paso, desapareció en las sombras de la noche para dirigirse a «El Salvaje Oeste», donde había dejado sus ropas habituales que volvió a ponerse, después de lavarse la cara para hacer desaparecer el tinte terroso que falsamente había adquirido.

Seguro de no ser reconocido, abandonó la taberna para dirigirse a las inmediaciones del hotel «California» donde debía estar apostada el resto de su cuadrilla.

Aquella noche, se iban a desarrollar acontecimientos muy dramáticos en Carson City y él sería uno de los principales actores del drama, papel que debía rendirle un buen puñado de dólares.

Entretanto a doscientas yardas de allí, en el hotel «San Francisco», estaba sucediendo algo trágico que iba a poner en horroroso peligro la vida de Stella y la de Daphne.

La mecha colocada por Bill junto a los bidones, después de alcanzar los dos cabos se corrió a los depósitos, ablandó con el calor la cera que los taponaba y el líquido debido a la posición violenta en que habían quedado colocados, se desbordó súbitamente corriéndose como un río de fuego a través de la puerta.

El cuarto ocupado por Bill se hallaba fronterizo a la escalera que conducía al piso y debido a hacer este un poco de declive, el petróleo al correr alcanzó la escalera y pronto las llamas hicieron presa en el pasillo y en la única salida para descender y huir del tremendo brasero.

El empleado que se hallaba abajo, se vio sorprendido de pronto por un río de llamas que descendía por los peldaños de madera desparramándose por el vestíbulo y casi paralizado por la tremenda impresión, sólo tuvo ánimos para ganar de un salto la calle y romper a gritos anunciando el siniestro.

Rápidamente los transeúntes más cercanos se agruparon ante la puerta del hotel pretendiendo penetrar en él, pero las terribles llamas les repelían hacía atrás, sin que ninguno, por muy valiente que fuese, lograse pasar de la puerta de entrada.

Alguien sacudió al empleado que parecía preso de un ataque de parálisis preguntando:

—¿Hay mucha gente ahí dentro?

—¡Oh!, Pues… sí… hay alguna… no sé fijamente… Algunas señoras. ¡Dios mío, no me acuerdo ahora!

Pronto en algunas ventanas del edificio, surgieron voces y gritos

de angustia. Varios hombres exponiéndose a morir en la caída, se arrojaron desde lo alto ganando la calle sin consecuencias graves. Para otros, se improvisaron salvavidas con mantas sujetas por una docena de voluntarios, quienes recibieron en ellas los cuerpos arrojados con desesperación al vacío, pero nadie sabía con fijeza si todos se habían puesto a salvo, o si quedaba alguien más dentro de aquel horrible brasero.

El empleado acosado a preguntas angustiosas terminó por balbucear:

—Oh, creo que… me parece que faltan dos señoras… Habitan en el primer piso… No las he visto salir…

Las inmediaciones del hotel eran un hervidero de gente. Se trataba de una calle relativamente estrecha y las llamas al surgir con violencia por los vanos de las ventanas, amenazaban con alcanzar las fachadas fronterizas dando mayores proporciones al siniestro.

Los vecinos nerviosamente, trataban de atajar aquel enorme brasero y habían surgido baldes llenos de agua que pasaban de mano en mano siendo arrojados sobre la puerta de entrada, pero aquel auxilio ínfimo era incapaz de poner freno al voraz elemento.

Todos miraban ansiosamente a las ventanas esperando ver aparecer como una visión dantesca a algún olvidado huésped, hasta que, súbitamente, agudos alaridos de terror vibraron en la parte alta del edificio. Esta poseía una especie de terraza sobre el único piso habitable y en uno de los extremos, el dueño había levantado una especie de palomar, cuya armadura se mantenía por medio de dos sólidos troncos de madera que sobresalían un par de palmos sobre la tejavana del cobertizo.

La gente elevó ansiosamente la mirada, descubriendo en la terraza dos figuras femeninas que alocadas, gritaban histéricamente y demandaban socorro invocando a todos los santos del martirologio.

Pero la gente aterrada, nada podía hacer por prestarlas el auxilio demandado. El edificio ardía por los cuatro costados y solamente se les ocurría gritarlas que se arrojasen al vacío, presentándoles las mantas sujetas por manos nerviosas para amortiguar el golpe de la caída.

Pero si peligroso era ser alcanzados por las llamas, tan peligroso

era arrojarse desde aquella altura, sobre una base salvadora tan pequeña, en la que se podía o no se podía caer al arrojarse con el pánico propio del que sabe el peligro mortal que corre y las dos infelices mujeres, se resistían a lanzarse ciegamente a la calle, corriendo alocadas de un lado al otro de la terraza sin encontrar un lugar que les permitiese el descenso.

Aquellas dos infelices eran Stella y Daphne, las cuales cuando se dieron cuenta del siniestro, éste casi lamía las puertas de sus dormitorios.

Al abrir, se enfrentaron con las llamas y alocadas al observar que la escalera se hallaba interceptada, dieron la vuelta al pasillo alcanzando la pequeña escalera que conducía a la terraza, adonde se dirigieron como locas solicitando auxilio de los espectadores.

Pero pronto se dieron cuenta de su angustiosa situación. El hotel era ya un ingente brasero y nadie poseía fuerza humana para atravesar aquella horrible barrera y penetrar en él a salvarlas de aquella muerte segura.

La noticia del siniestro corrió como un reguero de pólvora por la ciudad. Las llamas empezaban a ganar altura y reflejaban rojizamente sobre los tejados de las casas, produciendo un halo sangriento en la obscuridad de la noche.

Texas y Nino que velaban develados por la impaciencia, se dieron cuenta rápida de que algo grave sucedía al observar a través de la ventana de la habitación aquel vano rojizo que se erguía lentamente, agrandándose al tiempo que el aire elevaba sobre el manto obscuro de la noche infinidad de chispas.

Nino que fue el primero en darse cuenta, advirtió:

—Escucha, manito, parece que hay fuego o así. ¿No ves?

Texas miró a través de la ventana y comentó:

—En efecto, parece un fuego… ¿Dónde será?

—No parece muy lejos, creo yo… Por los pasillos se sentían pasos precipitados, voces airadas, y alguien, parecía saber algo, pues era requerido para que diese algún detalle.

Súbitamente, Texas sufrió un golpe en el corazón al captar una voz que decía:

—Es el hotel «San Francisco» que está ardiendo. Nadie se explica cómo ha podido estallar un incendio tan terrible en tan pocos minutos.

Texas aterrado al oírle, abrió la puerta impetuosamente gritando:

—¡Adelante, Nino, por todos los diablos! ¿No has oído? ¡El hotel «San Francisco» y allí están Stella y Daphne!

El mejicano, como una tromba, echó a correr atropellando al propio Texas y poniéndose en vanguardia.

Como dos locos, descendieron las escaleras alcanzando la salida, pero al hacerlo, varios disparos de revolver vibraron desde diversos lugares de la calle y Nino lanzó un rugido de dolor:

—¡Maldición!… ¡A tierra, patrón!

Pero ya Texas al captar el grito de dolor de Nino, se había arrojado al suelo y sus temibles revólveres saliendo con velocidad asombrosa de sus fundas, vomitaban plomo en abanico, cubriendo los dos extremos de la calle.

Nino, que había sido alcanzado en un costado, despreció el dolor y, la sangre y pegado al suelo cómo un sapo, con los brazos estirados miraba fieramente a ambos extremos de la calle.

Los fogonazos de los forajidos le orientaron y pronto sus terribles armas empezaron a hacer mella en las filas enemigas. La sorpresa había fracasado, quizá por la impetuosidad de ambos al ganar la calle y ahora, tenían enfrente dos formidables tiradores a quienes era muy difícil impresionar cuando la lucha se desarrollaba cara a cara.

Pronto los rufianes empezaron a caer sorprendidos por aquel tiroteo impresionante. Nino se había deshecho de cuatro de sus enemigos en los cuatro primeros disparos y Texas, cuando se repuso de la impresión y empezó a localizar a sus agresores, había tumbado a otros tres, sin que ninguna de las balas que silbaban siniestramente junto a él le hubiesen alcanzado.

Los pocos secuaces de Bill que quedaban en pie, se sintieron aterrados ante la fatal puntería de aquel par de seres excepcionales y fríos y se replegaron tras las primeras esquinas. Era imposible atacarles de cara y más en aquellos mementos en que el ruido de los disparos había atraído a algunos clientes del hotel, quienes empuñando las armas, pues creían que se trataba de un asalto al establecimiento, salían a defenderlo.

Pronto el camino quedó expedito. De la banda, sólo se habían salvado Bill y cuatro forajidos más. Los otros yacían en tierra, unos

muertos y otros revolcándose en su propia sangre, mientras algunos hombres honrados, furiosos ante la cobardía de los atacantes, les remataban sin piedad con arreglo al código del Oeste.

Texas se levantó rabioso y acercándose a Nino le ayudó a incorporarse.

—¿Grave? —preguntó anhelante.

—No te asustes, manito, no fue gran cosa, una caricia o así en el costado, pero ¡adelante, repinto! Hacemos falta en otro lado.

Introdujo el pañuelo por debajo de la ropa para contener la hemorragia y duro como una roca corrió tras de Texas, que alocado sorteaba a la gente ganando terreno hacia el hotel.

Cuando llegó a las inmediaciones, un gentío inmenso estacionado en la entrada de la calle les cortaba el paso, pero Nino con sus hercúleas fuerzas, empezó a eliminar obstáculos sin consideración y pronto se abrió un enorme claro para dejarles pasar; otra cosa era exponerse a salir lanzados por el aire entre los brazos de aquel terrible gigante.

Cuando Texas alcanzó el ingente brasero, captó los gritos de las dos mujeres coreados con angustia por los espectadores más próximos, que seguían con avidez los alocados movimientos de las dos jóvenes y Texas al reconocerlas a la luz siniestra del incendio, emitió un rugido impresionante.

Como un lobo acorralado, examinó cuanto le rodeaba. Intentar penetrar por el haz de horribles llamas que salían por la puerta, era suicida y pretender escalar el edificio algo parecido, pues las llamas lamían todas las fachadas elevándose convulsamente.

Por un momento, creyó perder la razón ante la realidad terrible y trágica. Parecía que no había medio humano de salvar a las infelices y una angustia enloquecedora le dominaba.

Desesperado levantó la vista examinando las casas cercanas y súbitamente lanzó un grito de feroz alegría.

Aún podía intentarse algo, aunque aquel algo sería una de las mayores temeridades cometidas en su vida.

Pero si no lo intentaba por salvar a la mujer que todo lo constituía en su vida, no debía intentarlo por nadie más en el mundo.

Giró la vista extraviada y gritó:

—¿Dónde hay algún vaquero por aquí? ¡Lazos, necesito un par

de lazos!

Un mocetón tostado por el sol empujó impetuoso a los que tenía delante y avanzó gritando:

—¡Compadre, aquí hay lazos!

—¡Ponto, por el Infierno, vengan acá!

El vaquero arrancó dos lazos de dos caballos que había parados detrás de los grupos y se los entregó. Entonces Jim avanzando hasta ponerse debajo de la terraza y muy próximo a las llamas, gritó:

—¡Stella!... ¡Daphne!... ¡Calma!... No cometáis ninguna imprudencia... ¡Confiad en mí que yo os salvaré!

Las dos mujeres contestaron con un grito angustioso de alegría y un silencio sepulcral acogió la afirmación del intrépido aventurero.

Todos se preguntaban qué iba a intentar y cómo iba a conseguir con aquellos frágiles lazos salvar a las dos seguras víctimas del siniestro.

Texas impetuosamente alcanzó la entrada de la casa fronteriza y en varios saltos fantásticos, llegó al tejado.

En éste, el constructor debió calcular mal la altura del edificio, porque en el centro, le quedaron dos enormes vigas sobresaliendo más de metro y medio sobre el nivel de la fachada.

Con rapidez y maestría, anudó los dos lazos y con su agilidad y golpe de vista, lanzó el cabo a la terraza del hotel, dejándole enganchado en el travesaño del palomar.

El cuero quedó tirante en sus manos y Jim ebrio de alegría gritó:

—Asegúralo bien, Stella. Voy a deslizarme por él.

La muchacha afianzó mecánicamente el lazo en el saliente y Jim por su parte, ató el otro cabo a las dos vigas dejándole lo más tenso que le fue posible.

El cuero duro y resistente, podría o no podría sostener el peso de sus cuerpos, pero en cualquier caso, era lo único que podía intentar y lo intentaría.

Un grito de angustiosa admiración brotó de cientos de gargantas al darse cuenta de la audacia de Jim. Unos temían que el lazo no resistiese y otros creían en su seguridad y mientras discutían, ya Texas se había lanzado al vacío flotando en él con las, manos aferradas al bamboleante cuero.

Algunos espectadores temiendo una catástrofe, se habían colocado debajo sujetando las mantas. Si caía, procurarían cazarle

en la caída evitando que se estrellase. Pero el cuero resistió bien el peso de su cuerpo y sin gran trabajo, llegó al borde de la terraza.

Stella casi desfallecida, corrió a él abrazándole con ansia, pero Texas rechazándola bruscamente, gritó:

—¡Quieta!… Nada de blanduras, Stella, o todos estamos perdidos… Adelante. Cuélgate a mi cuello y sea lo que Dios quiera.

Stella reaccionando, iba a prenderse al cuello de Jim, pero al volver la vista, sus ojos se clavaron en los de Daphne y apartándose de su prometido, advirtió con fiereza:

—Primero ella, Texas… Primero ella.

Jim comprendió que iba a entablar una discusión trágica y no vaciló. Aferró a la joven de un brazo y ordenó:

—¡Pronto, no proteste o nos asaremos todos! Cuélguese a mi cuello y cierre los ojos… ¡Por Dios, dese prisa! Daphne aterrada, obedeció maquinalmente y formando un lazo con sus brazos en torno al cuello de Jim, se dejó arrastrar.

Texas se lanzó al vado con precaución. El cuero se puso trágicamente tenso y en medio del terrible silencio que reinaba en la calle, empezó a avanzar trabajosamente hacia el edificio fronterizo.

Nino que había ascendido trabajosamente hasta el tejado, aguardaba anhelante el avance de su jefe y cuando éste con los músculos en tensión llegó al borde de la fachada, extendió sus potentes brazos y aferró a Daphne en el momento en que esta incapaz de resistir más la, angustiosa tensión, se hallaba al borde de perder el conocimiento.

Una atronadora salva de aplausos acogió la hazaña, pero para Texas aún no había concluido la prueba. La mitad estaba realizada con éxito, pero quedaba lo peor ya que ahora se sentía fatigado del esfuerzo y tenía que repetirlo con más agobio.

Pero se trataba de la vida de Stella y esto le prestaba ánimos para realizar lo más inverosímil que estuviese al alcance de una fuerza humana.

Nuevamente volvió a lanzarse por el frágil puente de cuero. Las llamas ahora, ascendían con más violencia y en cualquier momento podían alcanzar el lazo y frustrar tan noble empeño.

El momento era tremante y Jim sin perder segundo, tomó a Stella entre sus brazos y dándole un apasionado beso rugió con voz

estrangulada:

—Vamos, querida, la vida y la muerte esperan su minuto.

—Contigo, lo que Dios quiera, Jim —dijo ella.

Valientemente se colgó a su cuello y el aventurero reuniendo todas las gastadas fuerzas que le quedaban, emprendió el nuevo viaje, seguido por las miradas angustiosas de la multitud.

Lentamente, sintiendo que los brazos parecían querer desgarrársele por el tremendo peso, empezó a avanzar hacia la casa fronteriza. Lo hacía metódicamente para sacar todo el partido posible de su resistencia, pero temblaba de miedo al ponderar que las llamas estaban lamiendo la parte alta de la fachada y que podían alcanzar el lazo de un momento a otro.

Se hallaba en el centro de la calle. La gente le seguía ávidamente a la luz del incendio y debajo, tres grupos de hombres aferrando nerviosamente mantas tirantes, les seguían ansiosos, acuciados por el temor de que el lazo se rompiese o el valiente aventurero perdiese las fuerzas y se dejase caer.

De súbito, el estampido de una detonación rasgó el agobiante silencio que reinaba en la calle y cien bocas emitieron un alarido de espanto. La bala lanzada por un revólver certero, había cortado el lazo y Texas en unión de Stella, se acababan de precipitar en el vacío.

Pero la suerte estaba echada de su parte. La previsión de aquellos hombres abnegados acababa de frustrar la criminal catástrofe. El grupo cayó con violencia sobre las mantas y éstas, evitaron que muriesen estrellados. Stella había perdido el conocimiento, pero Texas duro como el acero, saltó como una pelota de la manta y empuñando el revólver, se dispuso a atacar fieramente al cobarde criminal.

Un revuelo espantoso se había provocado ya al extremo de la calle. Varios jinetes lanzados como meteoros, galopaban huyendo del peligro que significaba continuar allí un momento más y algunos disparos alocados trataban de perseguirles en la negrura de la noche.

Texas como una tromba, se abrió paso violentamente y al correr junto a un caballo sin jinete, saltó sobre él. Tenía que alcanzar al traidor alevoso y no pararía de correr tras él hasta que el caballo cayese muerto en la carrera.

Un par de jinetes más se habían destacado del compacto grupo dispuestos a secundar la persecución. Hombres valientes, pero nobles, admitían las más feroces luchas cara a cara, pero condenaban el asesinato cobarde y su código les imponía el castigo a costa de cualquier sacrificio.

Pronto se encontraron fuera de la parte concurrida del poblado. Los rufianes, que eran cuatro, galopaban sobre buenos caballos a una velocidad fantástica, con un buen número de yardas de ventaja, pero Texas observaba con alegría que la montura que el destino le había puesto junto a sus manos era excelente y se confió a ella con ceguedad, seguro de que le permitiría alcanzar a aquellos asesinos miserables.

* * *

El disparo que había estado a punto de terminar con la vida de Texas y su prometida, había partido del hábil revólver de Bill el pistolero, pero fue el espíritu maligno y rabiosamente vengativo de Zenker quien armó su brazo y le impulsó a acción tan alocada.

Zenker que creía todo su plan perfecto, empezó a tener noticias de él cuando estalló el incendio en el hotel «San Francisco». Desde su nuevo alojamiento, próximo al edificio incendiado, abarcaba parte del siniestro y rebosaba de alegría al comprobar que el plan empezaba a cumplirse y que Stella y Daphne no constituirían un estorbo más en su vida.

En cuanto a Texas y Nino los creía prisioneros en el hotel y estaba seguro de que doce hombres valientes, gozando del beneficio de la sorpresa, acabarían con ellos fácilmente en cuanto asomasen por la puerta de su terrible trampa.

—En cuanto a Vera y el niño, seguramente a aquellas horas estarían sufriendo una lenta y terrible agonía. Todo lo había dejado matemáticamente preparado para acabar la lucha y esta vez, estaba seguro de que no habría fallos lamentables.

Atento a cuanto sucedía alrededor, captó el tiroteo entablado entre Texas y los forajidos y un tanto nervioso, se mantuvo en la ventana esperando el regreso de Bill, quien debía buscarle para darle cuenta del final de Texas y del mejicano.

Pero cuando el pistolero llegó al hotel, sus noticias no podían ser

más desastrosas para el cruel secretario.

Zenker al observar el descompuesto rostro de Bill, se abalanzó sobre él iracundo preguntando:

—¿Que ha sucedido?

—¿Que ha sucedido? ¡Maldito sea mi corazón!… Pues que me he dejado ocho hombres tumbados en mitad de la calle antes de tener tiempo de enterarme de ello.

—¿Que dices, sapo maldito? —rugió Zenker—. ¿Y esos eran los leones de que decías disponer?

El pistolero furioso, llevó la mano al revólver con rapidez increíble gritando:

—¡Cállese o le tapo esa boca asquerosa de un tiro! Todos eran hombres curtidos en cien peleas. Fué la fatalidad la que frustró el golpe. Les esperaban que saliesen de manera normal, pero no sé a qué fue debido, saltaron a la calle con las armas empuñadas y cuando quisieron disparar sobre ellos estaban en mitad de la calle. Han alcanzado al mejicano, pero los dos se tiraron a tierra y antes de que mis hombres tuviesen tiempo a darse cuenta, ocho balas habían tumbado a otros tantos. Luego, les secundaron algunos huéspedes del hotel y se vieron obligados a escapar. Ha sido una desgracia.

Zenker se sentía ahogar por la rabia. Todo lo hubiese esperado menos aquello y ahora, iba a tener que volver a empezar si quería acabar de algún modo con su terrible enemigo.

De súbito, recordando lo que estaba sucediendo en el hotel, abrigó la esperanza de poder hacer algo allí y preguntó:

—¿Dónde has dejado esas ratas asustadas que te quedan?

—Me esperan abajo.

—Bien, acompáñame. Quizá aún podamos intentar algo.

Acompañado de Bill y los tres forajidos, se acercó al foco del incendio. Los bandidos habían desmontado y llevaban los caballos de las bridas.

A pesar de la relativa distancia, la violenta luz del incendio les permitía apreciar con todo detalle cuanto estaba ocurriendo y así, pudieron observar cómo Texas, en un alarde de infinita bravura, exponía su vida por salvar la de aquellas dos infelices mujeres.

Estaba contemplando con ira infinita el impresionante espectáculo, cuando una idea diabólica cruzó por su mente y

acercándose al oído de Bill, preguntó:

—¿Que tal tirador eres?

—¿Y me lo pregunta usted? ¿Cree que si no supiese hacer filigranas con el revólver, estaría vivo y me obedecerían hombres curtidos en su manejo?

—¿Eres tan hábil como para cortar ese lazo de un tiro?

—Claro que soy hábil para hacerlo.

—¿Cuánto quieres por cortarlo?

—¿Se ha dado usted cuenta del peligro a correr?

—¡Pronto! Te pregunto qué cuánto quieres.

—Cinco mil dólares.

Zenker no dudó un segundo. La vida de su enemigo bien valía aquella cantidad.

Sacó del bolsillo un puñado de billetes, los contó y dijo:

—Toma seis mil, el resto para tus hombres, que te preparen la retirada y hazlo. Te advierto que si me engañas, seré yo quien dispare sobre ti.

Bill se acercó a sus hombres diciendo:

—¡Cuidado!… Echar atrás los caballos, montar en ellos y estar preparados para salir galopando. Tened los revólveres a mano por si nos persiguen y sujetar mi montura para que yo pueda alcanzar la silla rápidamente. Voy a disparar un tiro.

Aprovechando la distracción de la gente que no miraba a su espalda, se colocó junto a la fachada contraria al hotel y con el revólver amartillado, apuntó cuidadosamente. Vibró sordo el disparo y el lazo limpiamente partido, arrojó al vacío a Texas en unión de Stella.

El bandido satisfecho no se detuvo a más. Corrió como un gamo, saltó sobre la silla y en unión de sus compañeros emprendió un trote fantástico, seguro de poner mucho espacio por medio antes de que el público sorprendido por la hazaña tuviese tiempo de organizar la caza.

Zenker se había retirado discretamente y cuando vibró el disparo y vio cómo su enemigo se hundía en el vacío, aprovechó la confusión para esfumarse de allí. Aquello había salido a la perfección y no quería exponerse neciamente.

Más tarde, adquiriría más detalles del resultado de su diabólica obra. Estaba seguro de que la pareja se habría estrellado al caer y

de momento le bastaba aquello.

Se alejaba hacia su hotel, cuando captó el ruido de los disparos, los gritos airados de la multitud, las increpaciones y poco después, el batir de los cascos de varios caballos y una honda inquietud le acometió. Confiaba en que Bill conseguiría escapar a la batida, pero ¿y si era alcanzado y le obligaban a confesar quién le había pagado por aquel hecho?

Esto le alarmó de tal forma, que decidió cambiar de hotel. Dormiría en otro alejado y por la mañana, emprendería la marcha abandonando Carson City.

Ahora se dedicaría a buscar a Spack y cuando le encontrase, sería su última víctima, pero con él se habrían acabado sus enemigos y se vería convertido en uno de los hombres más opulentos de toda la nación.

* * *

Carson City había quedado muy atrás y Texas seguido de cerca por los dos arrojados «cowboys», galopaba por la llanura en la noche estrellada, siguiendo con rabioso tesón las huellas de los siniestros forajidos.

Texas, temiendo que pudieran escapársele cuando más necesitaba su captura, aflojó un poco el trote y acercándose a sus dos improvisados compañeros, dijo:

—Ya que han sido ustedes tan amables ayudándome a perseguir a esos forajidos, ¿quieren que nuestro esfuerzo no se malogre?

—¿Para qué galopamos detrás de sos sapos sino es para que no escapen al castigo?

En ese caso, hagan el favor de dirigirse uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha, para cubrir más terreno no sea caso que nos burlen y les dejemos a nuestra espalda.

El amanecer les sorprendió por un terreno ondulante por el que ascendían y descendían buscando los caminos fáciles. De los forajidos no tenían noticia alguna, pues debían haber tomado una buena delantera.

Por fin, ya avanzada la mañana, Texas coronó una regular altura y al mirar hacia abajo, descubrió lejos, galopando por unas trochas encajonadas entre pequeños taludes a los perseguidos.

Pronto empezó a acortar la distancia. Los caballos de Bill y sus compañeros fatigados de aquel intenso galopar, acusaban el agotamiento y a pesar del castigo que recibían, no podían satisfacer los anhelos de sus jinetes.

Pronto se dieron cuenta de que no habían conseguido burlar la persecución y antes que caer galopando sin defensa alguna, decidieron hacerse fuertes en unas alturas que les ofrecían a modo de parapeto.

Pronto los bandidos se vieron metidos en un círculo que dominaba su posición. Tendidos entre los helechos, no se les veía, pero Texas parecía adivinar donde se ocultaban, porque tras un momento de examen, levantó el revólver y disparó.

Un grito de furor siguió al disparo. Alguien se incorporó de modo imprudente recibiendo súbitamente otro proyectil que le obligó a caer definitivamente, en tanto que tres revólveres disparaban buscándole.

El humo sirvió de guía a los dos vaqueros que replicaron desde sus posiciones. Otro de los forajidos fue alcanzado, rodando por la pendiente y solo dos revólveres contestaban rabiosamente al ataque.

Durante cinco minutos, se cambiaron disparos entre uno y otro bando, basta que el certero revólver de Texas consiguió cazar a otro de los forajidos.

Ahora, solamente un revólver tronaba rabioso contra ellos. Su dueño, duro y obstinado, no se resignaba a entregarse y consumía proyectiles con la esperanza de alcanzar a alguno de sus enemigos y poderse escurrir por el lado donde aquel cayera.

Texas había cesado de disparar y le dejaba entendérselas con los dos vaqueros. No alcanzaba a distinguir su refugio, pues debía hallarse bien cubierto al menos desde aquel lado y solo aprovechando un descuido podría colocarle una bala.

Y el descuido llegó. Un proyectil de uno de los vaqueros se estrelló contra un pedazo de roca haciéndola saltar en fragmentos y alguno de estos debió herir al forajido porque de modo involuntario se replegó hacia atrás agitando un macizo de verdura que le tapaba. Texas rápidamente, como una centella, disparó y un rugido de dolor fue la respuesta.

Se introdujo entre los helechos; presto a disparar y por fin, se enfrentó con el otro cadáver y un cuerpo que se agitaba convulso.

Era el de Bill, quien había recibido un tiro en el pecho.

En aquel momento, los dos vaqueros que le habían seguido alcanzaron la cima y uno iracundo quiso rematarle, pero Texas de un salto desvió el revólver diciendo:

—¡Cuidado! Le necesito vivo. Este sapo tiene mucho que hablar y hablará.

Texas se acercó a él y después de examinarle, dijo:

—Conozco a muchos indeseables del Oeste, pero tu cara no la había visto jamás. ¿Quieres decirme con quien tengo el honor de estar conversando?

Bill apretó los dientes y Texas añadió:

—Bien, si quieres ocultar tu nombre, hazlo.

Bill siguió apretando los dientes y Texas que ardía en impaciencia por obligarle a hablar, ordenó:

—Hagan el favor de encender una buena hoguera. Voy a calentarle un poco los pies a este sapo, pues se le están quedando fríos. Si no basta, le daré una vuelta por las brasas para que le entre en calor la lengua.

—¡Basta! Hablaré.

—¡Buen muchacho! Te prometo colgarte suavemente sin hacerte sufrir más que lo preciso. ¿Quién cortó el lazo de aquel fantástico tiro y por qué?

—Yo lo disparé.

—¡Magnífico! Yo no lo hubiese hecho mejor, a pesar de que se me reconoce como uno de los mejores tiradores del Oeste. ¿Por qué lo hiciste?

—Me pagaron cinco mil dólares por hacerlo.

—Buen precio… Creo que nos vamos a entender. Cuéntame todo lo que sepas y ten en cuenta que yo sé muchas cosas.

—Lo dudo.

—Pues verás; sé tus relaciones con un individuo que se hacía pasar por ranchero en el Hotel California. Sé cómo habéis robado a una muchacha y a un niño, como organizasteis una trampa para asesinarme a la salida del hotel donde se hospedaba el falso ranchero… ¿Quieres que te diga más?

Bill asombrado balbuceó:

—¿Si sabe todo eso, para que me pregunta?

—Porque necesito los detalles y sobre todo, necesito saber dónde

están la joven y el Nino.

Bill se quedó un momento dudando y después replicó:

—Escuche. Sé que estoy en peligro de muerte. Puedo morirme y hacerlo con la satisfacción de no decirle nada y evitar que salve usted a la muchacha y al pequeño sí aún es tiempo. Dos vidas por la mía. Si me promete no matarme, le diré dónde están, advirtiéndole que si pierde muchos minutos, quizá ni aún diciéndoselo llegue a tiempo. Elija.

Aunque con cierta repugnancia, afirmó:

—Si es comprobable lo que dices, te prometo no colgarte.

Bill medio fatigado, contó brevemente sus relaciones con Zenker, cómo habían raptado a Vera y al pequeño y luego añadió:

—En unas cortadas al otro lado de Carson City, han quedado cuatro hombres con orden del ranchero fingido, de maniatar a la joven, dejarla encerrada en la cueva y cubrir esta con piedras para que muera allí olvidada en compañía del pequeño. Seguramente a estas horas habrán llevado a cabo el trabajo y los dos estarán encerrados en aquella tumba.

Jim lanzó un rugido de agonía y dirigiéndose a los dos vaqueros ordenó:

—Tapónenle la herida a este reptil para que no se desangre mientras recojo los caballos. Hemos de llevarle a que nos indique dónde está esa cueva.

* * *

Zenker no pudo dormir las pocas horas que restaban de noche y muy de mañana, se levantó dispuesto a marchar. Por curiosidad, realizó ciertas indagaciones para conocer el resultado de su obra de la noche anterior y con espanto y rabia, se enteró de que Texas y Stella se habían salvado al caer sobre las mantas que habían puesto debajo de ellos y que Texas con algunos hombres, había emprendido la persecución de los forajidos.

Escondió sus ropas habituales en un paquete para ponérselas de nuevo en momento oportuno y montando a caballo, se dirigió al lugar donde tenía prisionera a su mujer.

Iba tan rabioso, que estaba dispuesto a acribillarla a tiros antes de ocultar su cadáver para huir convencido de que esta vez no se le

escaparía de las manos. Pero los forajidos cumpliendo su misión, se habían apresurado a poner en práctica la orden recibida el día anterior y así, muy de mañana, habían penetrado en la cueva donde Vera se había quedado dormida con el niño en su regazo y sin humanidad alguna, la habían despertado brutalmente para maniatarla evitando que pudiese estorbarles.

Luego, colocaron el niño sobre su regazo diciendo:

—Bien, señora, esperamos que le cuide bien en su viaje a la eternidad… Su amante esposo le ha preparado una dulce muerte que recordará muchas horas antes de dejar este amargo mundo.

Vera impotente para moverse, les vio salir de la cueva preguntándose que irían a hacer, hasta que con espanto observó cómo acarreaban grandes bloques de piedra y los iban amontonando en la entrada de la cueva cubriendo ésta poco a poco.

Se hallaban entregados los forajidos al trabajo, cuando les sorprendió el trote de un caballo y empuñando las armas, se dispusieron a la defensa, pero al ver aparecer a Zenker se tranquilizaron.

—Llega a tiempo patrón —dijo uno— como verá, el trabajo va muy adelantado.

Zenker sintió un estremecimiento al darse cuenta de su acción, pero fue breve. El odio pudo más que la humanidad y sonrió siniestramente.

Las piedras habían adquirido ya altura y no pudiendo ver el interior, llamó a gritos a Vera para gozarse en sus últimos momentos, pero solo el llanto del niño le respondió.

Aterrado al oírle, retrocedió diciendo:

—Bien, terminar vuestro trabajo y luego, irme a buscar al hotel. Os recompensaré de nuevo allí.

Se hallaban casi dando fin a su tarea, cuando de nuevo volvieron a captar pasos de caballos y uno comentó:

—Debe ser Bill que regresa. Éste también ha debido ponerse las botas con el negocio.

En efecto, era Bill quien regresaba, pero vigilado por Texas y los dos vaqueros que no le perdían de vista. El bandido menos grave que aparentaba, se había trazado un plan audaz por el camino. Contando con cuatro compañeros decididos, éstos podían ayudarle rescatándole de manos de Texas en cuya promesa no confiaba.

Así hizo que los caballos se introdujesen por las fisuras hasta hallarse cara a cara con los bandidos sin casi darse cuenta y cuando se hallaron encima, Bill realizando un esfuerzo, trató de inutilizar al vaquero que le llevaba montado delante de él, gritando:

—¡Disparar!… ¡Pronto; barred a estos!…

No pudo terminar la frase. El vaquero que recelaba alguna traición, le clavó un tiro en la espalda haciéndole caer a tierra, mientras Texas y su compañero que iban prevenidos, hacían tronar sus revólveres con rapidez. Antes de que los cuatro pistoleros tuviesen tiempo a disparar contra sus enemigos, tres habían mordido la hierba y el cuarto emboscándose detrás de una piedra, hizo frente a sus enemigos disparando rabiosamente.

El caballo de uno de los vaqueros fue alcanzado por un proyectil. El jinete sorprendido, rodó por tierra y el pistolero al verle caer, asomó la cabeza rápidamente para rematarle, pero el tiro se perdió entre la hierba, pues Texas con su habilidad y rapidez, le alcanzó en la sien haciéndole caer junto a su escondite.

La pelea había terminado antes de iniciarse. Los cuatro yacían tendidos sin vida, mientras Bill parecía también muerto.

Texas desmontó dominado por la emoción y descubriendo el parapeto que formaban las piedras ya tapando casi la cueva, se acercó gritando:

—Vera, Vera, soy yo, Texas. ¡Venimos a salvarla!…

Vera no contestó, pero el llanto apagado del muchacho les indicó que éste al menos vivía.

—¡Santo Dios! —clamó Jim—. ¿Habrán matado a la infeliz antes de dejarla ahí encerrada?

Furioso se aferró a las piedras haciéndolas rodar de su base, siendo ayudado por los dos vaqueros, pero cuando se hallaban entregados a tan noble faena, uno de los peones volvió la cabeza y dando un salto terrible, gritó:

—¡Cuidado!

Vibró un disparo que se clavó en el sitio que acababa de abandonar y Texas al volver la cabeza, descubrió a Bill, que en medio de un charco de sangre, con la agonía reflejada en sus turbios ojos, empuñaba el revólver de uno de los caídos y desde tierra aún trataba de vengar su muerte.

Texas saltó como un tigre. Bill volvió a disparar, pero Jim sorteó

el inseguro disparo y le aplicó un terrible puntapié en la cabeza.

El feroz pistolero emitió un gruñido, el último y en un espasmo trágico, quedó encogido mirando al cielo con los ojos vidriosos y enormemente dilatados.

Texas le contempló con asco diciendo:

—¡Ha sido duro hasta para morir!… Es un dolor que hombres de ese temple lo dediquen al mal.

Ávidamente volvió a la tarea de deshacer el trágico parapeto y cuando por fin abrió un portillo, saltó por él pasando al interior.

Vera yacía en tierra y Jim temblando de emoción, la tomó en sus brazos dejando al niño sobre la tierra. Luego se la entregó a uno de los vaqueros y volvió por el muchacho, que le contemplaba con sus azules ojos muy abiertos.

Lo depositó sobre la hierba, convencido de que ningún daño padecía y examinó ansiosamente a la joven, pero pronto se dio cuenta de que solo sufría un desmayo.

Tranquilo sobre su vida, ordenó:

—Hagan el favor de hacerse cargo del niño, yo me ocuparé de esta mujer.

Al más vivo trote que las circunstancias les permitieron, regresaron a Carson City. Ahora Texas solo sentía el sobresalto de saber la impresión que había sufrido Stella en la caída y el deseo de calmar la angustia de Daphne devolviéndole su hijo.

* * *

Cuando el lazo fue cortado y Stella cayó sobre la manta perdiendo el conocimiento. Nino que permanecía en lo alto del tejado esperando para ayudar a Texas, lanzó un rugido que hubiese impresionado a un tigre y a pesar del dolor de su herida, descendió a la calle como una fiera, en el momento en que Texas emprendía la persecución de los forajidos.

Nada podía hacer por secundarle. Estaba herido no poseía caballo y quedaban dos mujeres a quienes atender.

Se acercó a Stella y al observar que no se hallaba herida, respiró como una máquina de vapor. Aquello era lo principal y del resto se encargaría Texas.

Daphne se le había reunido angustiada y el mejicano

aprovechando la ayuda de la multitud, rogó que trasladasen el cuerpo de la desmayada al hotel.

Allí fue asistida por un médico, quien diagnosticó que solo necesitaba calma y reposo y cuando quedó atendida por Daphne, el mejicano que se mantenía en pie por un milagro de voluntad, quedó tendido sobre su lecho sumido en una completa inconsciencia.

Cuando volvió en sí, tenía junto a su lecho a Stella y Daphne. La primera ya repuesta, solo reflejaba en sus ojos la angustia por la ausencia de Texas, mientras la segunda rumiaba su íntimo dolor sin atreverse a exteriorizarlo.

Ambas mujeres, habían curado a Nino, provisionalmente, pero éste duro como la roca, sonrió diciendo:

—Bueno, manitas, creo yo que me he portado como una mujer o así. Cuando vuelva el patrón y lo sepa, me va a llamar pringao creo yo y con razón.

—¡Cállese salvaje! —dijo Vera—. Ha hecho usted lo que no hubiese hecho nadie en sus condiciones. Tiene un agujero que cabe un dólar.

—Me alegraría que cupiese una cabeza y fuese la de ese sapo venenoso. ¡Maldita sea Jalisco! ¿Y manito Texas?

—No sé nada, Nino. Estoy asustada.

Pasaron unas horas de angustiosa espera, hasta que, mediado el día Stella que permanecía con el oído en tensión, captó cascos de caballo en la calle y al asomarse, se llevó las manos al corazón gritando:

—¡Dios sea alabado! Daphne… ¡Su hijo!… ¡Mi prima!

La alocada madre se abalanzó a la ventana y al descubrir al muchacho en brazos de un vaquero, corrió como loca escaleras abajo al encuentro de Jim. Saltó sobre el niño arrebatándoselo al «cowboy» y gritó:

—¡Texas!… ¡Es usted el hombre más grande que he conocido! ¡Pídame la vida si quiere, que es suya!

Entre Jim y un vaquero, transportaron el cuerpo de Vera a la estancia. La muchacha tenía fiebre y deliraba y estaba reclamando una rápida asistencia.

Stella se abrazó a Jim llorando, al tiempo que decía:

—¡Oh Jim, que horas he pasado temiendo por ti!

—Ya no hay nada que temer, querida. Dios es bueno y protege a

los que se lo merecen… Ya ves, ahí tienes a Vera, el niño se ha salvado, tú vives y yo estoy vivo e ileso. ¿Puede pedir algo más?

—No Jim, no pido más, pero ¡y lo que hemos sufrido por culpa de ese miserable!

—Nada, Stella, pero me temo que ha huido. Toda su cuadrilla ha caído para siempre y él al verse fracasado una vez más, habrá huido como lo que es: un cobarde.

—¡Así se lo trague el infierno para siempre!

Nino al oírla, clamó:

—¡No manita, no, que no se le lleve el diablo antes de que yo pueda ponerme unos emplastes o así con su sangre cochina!… aunque me envenene y me vaya con él.

Texas se acercó al lecho y sonriendo dijo:

—¿Qué es eso, gallina? Yo jugándome la vida y tú ahí como las recién dadas a luz reclamando calditos. ¡Eres un cochino indecente!

—¡Oh claro! ¡Enséñame los agujeros que te han hecho en la piel y luego Hablaremos, repinto!

—¡Cállate bruto!… Te voy a regalar dos mil dólares cuando volvamos al rancho por lo bien que te has portado.

FIN



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».